LAS AGUJAS Y LA PLUMA

UN CHOQUE AMOROSO EN PLENA GUERRA CIVIL



Caroline Tournadre Sánchez

LAS AGUJAS Y LA PLUMA

Caroline Tournadre Sánchez

A Rafael.

Si algunos personajes son reales, los acontecimientos relatados en el libro son inventados

EL MUNDO DE LA MODA

«Clash» se oye un ruido de cristal seguido por un grito agudo de mujer.

—¡No me lo creo! Justo en el vestido de terciopelo que estaba a punto de acabar! ¡Carmen! ¡Vente con un trapo! ¡Ayúdame, por Dios!

Carmen, secretaria típica madrileña de los años 30 se levanta de la silla, tratando de apresurarse pero molestada al andar por la faldita estilo boli demasiado apretada.

—¡Ya voy!

Carmen entra en el despacho de la señora Paredes. El olor a muebles de madera recién lustrados con la cera guatemalteca, se mezcla con el perfume a jazmín y galán de noche creado para el último desfile de la ama del mismo despacho.

La señora Vera Paredes, 28 años, guapa como un lirio recién abierto tiene un aire entre enfadado, ingenuo y ligeramente insolente. Su cabello, naturalmente pelirrojo oscuro, parece brillar.

—Bueno, Carmen, no te enfades, no he roto nada esta mañana en casa, esto tenía que ocurrir, ¿¡verdad!?

Lo malo es que se me ha manchado el vestido de terciopelo verde, aunque no queda tan mal con ese vino tinto, mira, ¡mira! ¿Qué te parece? le cambio un poco el color, ¿no? ¡queda bien!

—Espere, por favor, hay que limpiarlo. No deje el vino francés estropear los dibujos que están por debajo, con uno basta.

—¡Deja de decirme de usted, Carmen! ¡Ya te lo dije! Guarda eso para los desfiles, ¡cuando vengan esos cursis de franceses! Dime de tú, y sobre todo contéstame: ¿te parece mejor así el dibujo manchado?

Insistiendo, Vera se ponía pesada.

Carmen intentaba limpiar los papeles, entre el cristal roto y los lápices de colores.

—Sí sí, me parece bien, Vera, usted manda, oh, quiero decir, ¡tú mandas!

—Sí, sí, cariño, mando yo, ¿y sabes qué? Mandar no me importa, lo que me importa a mí es crear ropa y suplantar la moda parisina con mis creaciones madrileñas, eso sí, me importa. Quiero hacer mejor que Elsa Schiaparelli. No paran de hablar de ella en las revistas de moda, ¡pero lo que hago yo me parece mucho más elegante!

—Ya, ya, y son casi las tres, le constestó Carmen ¡Qué no se te olvide la entrevista con el periodista ese de La Tierra, ¡que pasó por aquí ayer para tomar cita contigo!

—¡Ay! ¡Se me había olvidado! ¿Pero por qué de La Tierra? Qué más me da a mí tener un artículo en ése periódico. ¡Qué pintaré yo entre el

resumen de Las Cortes y las publicidades para problemas urinarios! ¡Je, díme tú! ¿No te parece extraño a ti que La Tierra se interese por los desfiles de moda? ¿No son más bien especialistas en política?

Bueno, sí, atenderé al Rafael ése, ¡y espero que sea guapo! La modista guiñó mirando a Carmen.

Vera Paredes Campillo era ya famosa desde el desfile del año 29, en el Casino Real de Madrid, calle Alcalá. Después de estudiar en la escuela de arte Lavigne en París, volvió a su tierra para crear sus propios modelos y adaptarlos en seguida al calor de España. Las burguesas españolas que viajaban a París y que se compraban los vestidos más caros de la casa Guerlain, no podían casi nunca lucir las piezas, por el clima que no correspondía a las colecciones de este lado de los Pirineos.

Vera lo sintió como una evidencia. Empezó a dibujar ropa, adecuada, ligera y a la vez muy clásica, mezclando sus orígenes murcianos con la moda parisina, añadiendo colores, sol y alegría, componentes que la burguesía de París ya había olvidado desde la primera guerra mundial. Elegantes, sí, creativas, también, pero no se puede negar que carecían de vida en Francia. Como si el luto de tantos hijos y maridos muertos en las trincheras entre 1914 y 1918 se continuara más de una década después. Muchas mujeres iban de luto, vestidas de negro.

Vera, con dos desfiles y algunos artículos bien colocados en el Heraldo de Madrid se hizo famosa enseguida. Presentó en varias ocasiones sus vestidos en la recepción del gran hotel Florida, plaza del Callao en Madrid. La ingenuidad de sus piezas pero también su encanto particular, su inocencia, su rebeldía, su optimismo y su sed de vivir a cien por hora contribuyeron a su éxito.

Las burguesas de Madrid querían lucir sus vestidos y camisetas blancas de escote pronunciado, casi escándaloso y tan agradables de contemplar para los hombres madrileños con miradas de fuego. Claro, la copiaban también, pero a Vera no le importaba, mientras era el pueblo que lo hacía, las trabajadoras, a las que veía pasar por la calle, con las puntas de la camisa recogidas en un nudo al estilo «Vera Paredes».

La modista se veía alabada, hasta las chicas de la clase más humilde, de la que se sentía más cercana, llevaban sus vestidos y camisetas. Las jóvenes que luchaban y se apuntaban a los sindicatos.

Vera, de padres humildes que trabajaban en el ámbito de los tejidos, calle de Toledo, había conservado un inmenso respeto para con los obreros, los que se ganaban la vida de manera simple y honrada. Se murió su padre cuando tenía veinte años, de un infarto, brutalmente, una tarde de verano, al regresar del trabajo, y su madre falleció menos de un año más tarde de una infección pulmonar, debido al dolor de

haberse quedado sola sin el amor de su vida. Dicen que la tristeza afecta los pulmones. Esa pasión, el uno por el otro, que contemplaba Vera desde pequeña fue el cemento de su infancia feliz. Poco dinero, por cierto, pero un amor y un respeto mutuo entre sus padres, que seguía siendo como el faro que guiaba su vida.

La fama que tenía en el medio de la moda le proporcionaba mucho dinero. Las publicidades en la revista Blanco y Negro también. Los amores que tenía y que hubieran podido representar, para algunos, a un marido honrado y famoso, no le importaban. Quería conservar su libertad. Lo que buscaba ella era realmente «el gran amor» que, por ahora, sólo tenía los rasgos de la cara de su padre. En ese asunto estaba muy exigente la modista, y aunque se acercaba a los 29 años no parecía inquieta de no tener planes para casarse. El trabajo era su primera preocupación, lo que hacía de ella una mujer muy moderna.



Vera Paredes, dibujo de su amigo Juan Gris

EL ENCUENTRO

Los pasos en la escalera de madera del 18 de la calle de la Encomienda anunciaban la cita de Vera. Las tres en punto. El periodista era puntual, y conocía bien el barrio ya que solía venir con su hermana al cine Encomienda situado en el número 16. Vera, en dos palabras, mandó a Carmen que lo dejara un poco en el vestíbulo. Para que subiera la impaciencia más que el deseo de conocerla. Decía Vera que era más facil contratar un acuerdo de venta con un cliente que ya había perdido tiempo en la sala de espera. El periodista había aceptado reemplazar a una colega, una joven, Cayetana Lopez, un tanto inexperimentada y que no lograba redactar todos los artículos previstos. Tenía en cargo los temas culturales, mientras que Rafael solía redactar sobre política o temas societales. Pero le caía bien esa joven que intentaba hacerse un hueco en el mundo de la prensa y la quería ayudar. Ese altruismo lo llevó a esperar en el despacho de la señora Paredes, donde no se sentía muy a gusto en aquel mundo femenino y esteticamente muy refinado. Muchas fotografías de la modista en ciudades distintas estaban colocadas en muebles de marquetería preciosos, junto a viales de cristal. En la mesa enfrente de su asiento, unos ejemplares de Blanco y Negro, traducían que unos clientes solían aburrirse un rato en este espacio.

Rafael se quedó media hora esperando, empezaba a fulminar por adentro. Era alto, mucho más que ella, 30 años, bien vestido, con un traje de tela rica y suave, color gris oscuro y con un toque de color rojo en los lunares de la corbata. Lo que iba a gustar a la diseñadora y provocar desde los primeros segundos en su espíritu imágenes de la infancia, como espectáculos de flamenco, en una playa del Mar Menor.

Carmen lo introdujó en el despacho de Vera, quien lo invitó a sentarse con un ademán muy femenino, girando suavemente la mano como una bailarina, y sin mirarlo. Tomó sitio en un sillón de madera y de tela, muy confortable, que le hizo pensar en los muebles de los Castillos de la Loira, en el Oeste de Francia, que había visitado con sus padres en su infancia.

—Buenos días, señor, señor...

—Delmonte.

—Sí, buenos días señor Delmonte.

—Encantado, realmente, señora Paredes. Me gustan mucho sus…

Vera lo cortó.

—Ya, ya, ya sé. «Impresionado, mágico…» todo eso. Hágame el favor de ser un poco más original que los demás.

¡Vaya!, pensó Rafael un tanto enojado, con esta hay que ir al grano.

—Bueno, empezó él más frío: En La Tierra, el periódico, necesitamos artículos un poco menos, serios —intentó picarla un poco — insistiendo en la palabra «serios», pero Vera no pareció notarlo, lo que le disgustó, así el redactor añadió con un tono un tanto tajante:

—Sabe, señora Paredes, La Tierra no necesita artículos sobre la moda para…

Le interrumpió Vera de nuevo, mirándole a los ojos por primera vez.

Su mirada clara brillaba como si fueran sus ojos dos manzanas verdes en un huerto aragonés, bajo los rayos del sol.

Silencio. Rafael no sabía cómo reaccionar, no entendía su actitud agresiva, su aire presumido, que no correspondían a una mirada tan bonita.

Por su parte Vera también parecía atontada, fuera de tiempo, fuera de Madrid, en un extraño pasado. Los ojos negros de Rafael brillaban. Vera se hundió en ellos un segundo extrañamente largo. Hombres y mujeres bailaban alrededor de fuegos en una noche de luna llena en las Alpujarras. Le parecía oír los cantos y sus ecos en la Sierra del Mulhacén.

Carmen entró en el despacho y rompió el encanto. Sus pasitos de geisha debido a la falda demasiado apretada le daban un aire un tanto necio, lo que aumentaba la belleza y la dulzura de los ademanes de Vera.

—Aquí tiene los dibujos del desfile de la semana que viene, señora.

—Gracias, Carmen, ponlos en la otra mesa, tengo que acabar este croquis.

—Bueno, entonces, ¿qué quiere escribir, señor Delmonte? Expliquémelo un poco, ¿será acerca de la semana que viene, supongo? ¿Y por qué no esperar el desfile para alabarme? Se le escapó una sonrisa.

Rafael la observaba, Vera estaba dibujando mientras le hablaba. Su lápiz bailaba en el papel, la mano tan delicada parecía manejar un abanico precioso, y aparecía en la hoja blanca, manchada de vino, un cuerpo femenino delicado.

—Venga, anda, no tengo tanto tiempo se impacientó Vera. Casi faltándole de respeto.

—Sí, sí, claro, bueno el artículo será más bien una promoción, y como tendrá lugar el desfile directamente en el Retiro, hemos pensado hacer una comparación de las mujeres con las estatuas de las fuentes del Parque, las que se situan cerca de la feria del libro, ¿qué le parece? Pero no estará decepcionada. Si quiere, vuelvo el miércoles y se lo enseño antes de publicarlo.

Vera, irritada por la manera que tenía Rafael de no contestar a sus preguntas, tuvo un ademán seco y queriendo apartar los lapices de colores repartidos en la mesa se clavó en la pulpa de la mano un trozo

de cristal de la copa de vino rota una hora antes. Sintió el dolor vivo y sin gritar levantó la mano, apoyando el codo derecho en su mesa, con cara un tanto sorprendida. Su mano y su brazo se tiñeron de rojo en seguida. La sangre fluía dibujando unas líneas que se parecían a las curvas negras de los cuerpos femeninos de sus croquis de diseño.

El periodista fue el primero en reaccionar, y se puso de pie.

—¡Pero por Dios! ¿De dónde sale esta sangre, señora? ¿Qué le acaba de pasar?

—No, no, no es nada. Vera que había dejado su tono perentorio, parecía de repente una nena. Este cambio completamente al opuesto de lo que quería mostrarle unos minutos antes, sedujó a Rafael. Este hundió la mano en el bolsillo que parecía no tener fondo y sacó un pañuelo blanco, fino y elegante, que no cuajaba con el personaje.

—Póngase esto y apriete para cortar la sangre.

Lamentó haber cogido ese pañuelo antes de salir de casa, era la última obra de su abuelita. Le había bordado su nombre con el dibujo de una estilográfica y un par de gafas, para celebrar su admisión en el periódico La Tierra en calidad de redactor de plantilla en el mes de enero del 30. Falleció pocas semanas después de aquellos recuerdos que Rafa guardaba como un tesoro en la mente. Su «yayita» como la llamaba, bordando el pañuelo, a la luz de un candil, poniendo la tela muy cerca de sus ojos cansados y con las manos temblando.

Pensó: el miércoles lo recuperaré.

—Gracias, señor Delmonte. Vera lo miró otra vez. Sus ojos tenían otro color. Sentada lo miraba, como una niña, y percibió Rafael una ternura que no había visto en las fotos de desfiles de la famosa «Vera Paredes Campillo» que estaban en la sala de espera.

En unos segundos la situación cambió radicalmente. Cambiaron de lado el dominado/dominante, el balance de poder. Le puso Rafael el panuelo sobre la herida, atándolo con un nudo, su mano y su muñeca eran tan finos que pudo hacerlo facilmente.

—Lo siento, es muy tarde y tengo que realizar una entrevista, me tengo que marchar ahora señora, no se preocupe, el artículo le gustará. Saldrá para el 5 de marzo. Vendré el miércoles a presentárselo antes. Encantado, y no olvide de cuidar esa herida para que no se infecte.



Croquis de Vera, manchado de vino tinto

Vera parecía un tanto avergonzada por este acontecimiento tonto que la ponía a boca de jarro a descubierto. Acababa de mostrarle cierta debilidad y pensó que lo había recibido con un poco de agresividad.

—Adiós señor Delmonte, y, gracias.

Rafael salió del despacho, saludando brevemente a Carmen, bajó los tres pisos del 18 de la calle de la Encomienda. La escalera de madera crujía bajo sus pasos, y el hombre de estatura ventajosa parecía bajar

las escaleras de una casa de muñecas. Salió a la calle, el sol y la gente lo propulsaron en la vida madrileña de ese principio de invierno del 35. El bullicio que tanto le gustaba. Lo que le encantaba describir en sus artículos. La vida que estaba a punto de cambiar para millones de Españoles unos meses después. Se dirigió hacia la panadería El Horno, en el número 19, de la misma calle, y entró para comprarse una palmera de hojaldre.



Mesa de Rafael, en el despacho de «La Tierra» en 1935

No regresó al taller ni al despacho de la calle Jardines, sentía toda una serie de sentimientos opuestos que no lograba organizar: la espera en la sala, la superioridad fingida de Vera, un artículo que escribir sobre un tema poco interesante. Sus pasos, muy largos, y a la vez muy suaves, hacían que se moviera como un oso, con una fuerza tranquila. Se notaba que joven había sido un hombre atlético, pero ahora con la sedentaridad del periodista siempre sentado delante de su máquina de escribir tenía una barriguita que le daba un aspecto reconfortante.

Se sentó un rato en un banco del parque del Retiro para acabar la merienda. Tenía tiempo para llegar a las Cortes y hacer la entrevista con Largo Caballero. Hacía unos meses que trabajaba mucho, a veces por la noche, y empezaba a sentir un poco de cansancio. Sabía que no podía seguir teniendo aquel ritmo, que el cuerpo y el cerebro necesitan pausa. Le sentó bien este ratito, se veía a los cinco años tirando piedras a los patitos, y bebiendo horchata, con su pantalon corto. Las tardes de verano, después de la siesta solían pasearse en familia, y jugaban allí los primos juntos, hasta muy tarde, el Retiro era un lugar mágico para los críos.

Rafa se quedó sentado media hora, el tiempo suficiente para recuperar fuerzas y adentrarse en sus recuerdos.

Al llegar delante de su empresa se topó con dos colegas, Santiago

Sánchez y Eduardo de Guzmán que empujaban la reja negra de la puerta de la redacción, se hablaban y cada uno intentaba reprimir cárcajadas, por lo visto estaban comentando lo tacaño que era unos de los hombres que financiaban el diario. Santiago al verle le dijo:

—¡Rafa, júntate con nosotros, que vamos a tomar algo y a trabajar en el Café Colonial! Cánovas Cervantes está en reunión arriba con peces gordos, intenta salvar lo nuestro, y preferimos dejarlo tranquilo.

El periódico La Tierra que salía todos los días menos el domingo estaba en una situación pecuniaria difícil. A pesar de ser apoyado y financiado por Juan March estaba realmente en peligro. Menos mal que los redactores colaboraban en otros periódicos de Madrid, como, la Libertad o El Heraldo. En aquella época se contaban más de 18 periódicos en la Capital, algunos salían por la mañana y por la tarde. Así que si se acababa la Tierra sabían los periodistas que iban a seguir escribiendo artículos, con colegas, en otras redacciones. La Tierra era un diario con periodistas independientes, de izquierda, anarquistas y comunistas y con gente realmente comprometida. Podemos decir entre periodistas y hombres políticos. Algunos de ellos se encartaban en partidos políticos y muchos asistían a las reuniones sindicalistas, como la UGT o la CNT. No sólo para escribir artículos sino por sus convicciones políticas. Rafael como los demás, de tendencia socialista era muy activo y asumía sus convicciones. Su papel de redactor político lo llevaba a las Cortes, cada semana, y de hecho conocía o hacía amistad con varios diputados, de todos los bandos.

LA PRENSA EN PELIGRO

Pasaron los días, y lo que temían los redactores de La Tierra ocurrió. Con el final del mes de junio del 35 se acabó el periódico sulfuroso. No pudieron salvar la edición y después de cinco años de pura felicidad y de sincera amistad las rotativas del 4,6,8 de la calle Jardines en Madrid cesaron su actividad. Se vació poco a poco el apartamento 35 donde los hombres crearon sus artículos geniales. Homedes, Francklín y otros caricaturistas dejaron los lápices en sus cajas de hierro, y se murieron de sed las plantas que adornaban los despachos. Uno de ellos se llevó a casa el Polo, el pastor alemán que pasaba el día con el grupo y comía con ellos en la terraza de aquel edificio de estilo morisco.

Rafael con el tumulto, había dejado de lado la redacción del artículo dedicado a Vera Paredes. Le sabía mal. Prometer algo y dejarlo de lado no correspondía a su manera de ser. Pero estaba muy liado con su nuevo trabajo y la creación de la dirección de redactores del Sindicalista: otro periódico madrileño. Tenía previsto hacerlo. Sólo había retrasado un poco la salida, pensaba él, como para disculparse. Pero realmente no podía empezar en una nueva dirección con artículos un tanto frívolos. Por otra parte, sentía no haber recuperado el pañuelo hecho por su abuelita.

En la empresa «Vera Paredes» la vida seguía como antes.

—¡Carmen! ¡Carmen! ¡Ven por aquí, guapa! Vera parecía alegre.

—Ya, ya voy, Vera, ya voy. Tienes que firmar una convención para un desfile en París. ¿Si quieres ir y llevarme? —le dijo Carmen que entraba timidamente en el despacho de su jefa con una carpeta azul en la mano—. Me has dicho que un día podría acompañarte...

Vera le constestó, y le quitó la duda que percebía en su voz.

—Sí, no te preocupes, Carmen, te llevo conmigo a Paris el mes que viene, te lo dije, sabes que sólo tengo una palabra, ¡ya puedes preparar la maleta, guapa!

Carmen no contestó, pero el ruido que hizo al regresar a su despacho moviéndose de contenta en la silla de madera era como una respuesta.

—¿Te has traído la crema de Julio Bellón, el farmacéutico? Dicen que es milagrosa. No logro curarme la herida en la mano, sigue hinchada y, sabes, me molesta para dibujar. Y yo que pensaba que el vino desinfectaba —dijó Vera bromeando.

—Sí, sí la compré esta mañana. Primer cajón a la derecha.

—¡Vale! ¡Gracias! ¿Y has podido quitar las manchas del pañuelo de

ese señor «mentiroso» con lejía?

—Igual, en el mismo cajón, ¡a la izquierda!

—¡Pues me alegro! Mira, esta tarde me acercaré a su empresa para devolvérselo y así le dará un poco vergüenza no haber escrito lo prometido, aunque no necesito su publicidad. ¡Tenemos ya bastante trabajo!

Carmen notó en el tono de su jefa la ironía y sobre todo desilusión.



Kiosco de prensa Gran Vía

EL MITIN

4,6,8 calle Jardines: ¡Vaya edificio!, pensó Vera. Tipo Alhambra, rojo, naranja, con arcos y azulejos preciosos, ¿pero por Dios? ¿Dónde está el timbre?

En la puerta negra había un papel, allí desde hacía unos días por lo visto.

«Lo sentimos. El periódico cesó su actividad a finales del mes de junio».

Entre dientes, Vera refunfuñó:

—Mira, por eso no publicó nada, hubiera podido disculparse.

Vera tenía ganas de tirar el pañuelo blanco a una boca de alcantarilla que veía en la acera, pero al examinarlo, apreció el trabajo y los dibujitos tan monos bordados seguramente por una niña o una anciana con las manos ya no muy expertas. Lo volvió a colocar en su bolso de piel Guerlain.

Ya que se había otorgado la tarde libre decidió acercarse al mitin de la UGT, calle de Alcalá, cerca del Casino Real, y reanudar con lo que tanto le preocupaba, la protección de los obreros, la libertad de las mujeres y la libertad de pensar que sentía ya de pequeña cuando acompañaba a su padre a los mítines sindicalistas.

Su papel en la empresa de moda y la fama la alejaba de ese mundo y, claro, no cuajaba ver a una jefa en esos sitios populares y libertarios. Pero se sentía libre, siempre había querido conservar esa libertad, y se rememoraba las palabras de su padre: ¡Hija, no es porque eres una mujer que los hombres tienen que dirigirte. Actúa como si fueras un hombre, libremente, con total libertad, pero conserva siempre tu feminidad y tu encanto, ¡así los tendrás todos a tus pies!

Andaba así Vera, perdida en sus pensamientos. Conocía tanto el centro de Madrid que recorrió el camino hacia el mitin, calle de Alcalá, sin darse cuenta. La despertaron de sus sueños y recuerdos los gritos que salían de la sala. Mitin de la CNT y UGT, por una vez los partidos de izquierda se habían juntado para hacer sus reivindicaciones. Entró allí con alguna dificultad por la muchedumbre. Intentaba esconder el bolso Guerlain que la traicionaba pero se tranquilizó pensando que nadie miraba hacia abajo. El ambiente era muy animado y alegre.

Estaba sentado en la tribuna Angel de Guzmán Espinosa, hermano de Eduardo y periodista deportivo, ambos redactores de La Tierra. A su lado Eduardo arrengaba a los obreros, más de la mitad con el puño en alto, otras personalidades de izquierda estaban allí. Eduardo tenía

cargos importantes en dos periódicos de Madrid, era un redactor conocido en el medio de la prensa, y como muchos tenía también un papel en política.

El orador parecía muy convencido y se notaba que sus palabras llegaban al alma de cada uno. Vera con sus preciosos ojos color de esmeralda miró a su alrededor. Divisaba como una corona más oscura, eran hombres con trajes elegantes, corbatas y sombreros, la mayor parte de ellos con un lápiz en la mano, escribiendo notas en sus libretas. Los redactores tomaban notas para los artículos del día siguiente. Divisó a Félix Paredes, su tocayo, con sus ojos preciosos azul claro y a Manuel Alarcón, otro periodista muy guapo. También reconoció a Clemente Cruzado, con su pelo gominado y su traje claro, siempre sonriente. Iba a parar Vera su inspección de la sala cuando su mirada se detuvo en la figura de un hombre, más alto que los demás. Reconoció a Rafael Delmonte, por el pelo moreno y espeso, un tanto rizado, y por la manera de peinarse. A su lado una rubita, Cayetana Lopez, su colega, muy pegada a él, le hablaba a la oreja y parecía impresionada y bajo el encanto del hombre. Pidiendo permiso una docena de veces Vera fue acercando hacia él. Estaba Rafael escuchando con intéres al orador, amigo suyo, Eduardo de Guzmán y contestaba con unos «sí», «es verdad» y otros «libertad para el pueblo» que traducían sus opiniones. No la vio acercarse.

—¡Señor Delmonte!

—¡Oh! Señora Paredes, buenas tardes, encantado, me sorprende verla aquí.

—¿Por qué? Piensa usted que porque tengo un negocio y soy la jefa las condiciones de mis obreros no me importan? Pues sí —buscando en el bolso—. Aquí tengo su pañuelo, se lo devuelvo enseguida. Le contestó la modista irritada.

Vera estaba buscando el objeto con la mano izquierda, a la vez que el orador acababa su discurso y un movimiento de la muchedumbre la empujó y casi se cayó. Rafael la recogió por la mano derecha, donde seguía sin curarse la herida causada por el vaso de cristal.

—¡Awa! —gritó Vera.

—¡Perdóneme! No quería, a ver, como tiene la mano —la gente gritaba, y Rafael tuvo que alzar la voz—. ¡Pero, señora, esta mano, la herida me parece muy fea, hace más de un mes, no puede quedarse así!

La mano del periodista, de dedos largos, perfectos, de intelectual, que no las usa para obras, cogía la mano de Vera de manera delicada como si estuviera salvando un gorrioncito herido.

—No se quede así, véngase conmigo, aquí está una compañera periodista y sobre todo médico, Amparo Poch, se la vamos a enseñar enseguida, a ver lo que le parece.

Rafael la tenía cogida por la mano, pero el movimiento, como una ola, se hizo más intenso y mientras intentaba hacerse paso entre los obreros, al cabo de un minuto se dio cuenta de que sólo tenía el pañuelo blanco en la mano. Vera había desaparecido. Los obreros gritaban por la alegría de descubir al invitado sorpresa, el famoso anarcosindicalista Angel Pestaña.

Salió la costurera del mitin, un poco angustiada por las palabras de Rafael. Se miró la mano, y observó la herida. Por cierto, desde hacía dos días se notaba con un poco de fiebre. El bálsamo milagroso del tal Julio Bellón, farmaceútico no era más que mantequilla y los labios de la llaga rojizos, que ahora notaba con certeza, significaban que la infección se había instalado. Andaba ahora más deprisa, imaginándose al borde de la amputación. Se decidió a tomárselo en serio y a pasar por el Hospital Clínico. En el tranvía que la llevaba allí se calmó un poco y volvía a pensar con cierto placer en el contacto con la piel del señor Delmonte.

VIAJE A FRANCIA

Carmen estaba muy excitada por el viaje a París. La maleta estaba en el despacho desde la víspera. Iban a tomar el tren de noche, hacia Burdeos, y luego un coche, después de haber visitado un taller de producción de seda. Tal viaje era para ella inesperado.

—Señora, en fin, Vera, no se olvide de coger los billetes de tren para el viaje, están en el cajón, en la carpeta roja.

—¡Ya, ya Carmen! Eres una madre para mí, o más bien temes que te deje en el andén, y ¡Adiós París! —le contestó la jefa con un tono irónico.

—Acabo de comprar unos periódicos, ¡por fin salió un artículo sobre nuestra empresa! Vera, ¡Qué morro! ¡Casi dos meses después de la entrevista, no me lo creo!

Carmen saltaba como una niña al descubrir el artículo, no cabía de contenta.

Mira «El Sindicalista», ¡y firmado por el periodista ése! Ya sabía yo que era un hombre de palabra, te lo leo.

Vera escuchó a Carmen. El estilo le gustaba, le parecía oir el tono de su voz, suave y con una vibración de hombre de pelo en pecho. Una de esas voces que seducen a una mujer, y que quieren decir «no te preocupes, estoy aquí y te protejo». No se fijaba ahora en la elección de sus palabras, ni en la riqueza del vocabulario empleado, no, era realmente la música de la voz que imaginaba que le gustaba, y que no había olvidado a pesar de las semanas sin oírla.

—Bueno Carmen, guárdame el artículo, como siempre.

La situación en España en aquella segunda semana de julio se volvía peligrosa. Se oían en la radio las tensiones de Marruecos, con los partidarios de Franco, en el país vasco también se empeoraba la cosa. Todos los periodistas de Madrid iban y se reunían entre las diferentes redacciones y la Telefónica, de donde se comunicaban los acontecimientos. Aquel 17 de julio parecía un día espléndido, de calor intenso, pero Rafael estaba angustiado, no por él, sino por su hermana menor, Dolores, a la que cuidaba. Era mucho más joven que él, de 10 años, y sentía el periodista que las cosas iban a ponerse feas dentro de poco. Varias veces le había explicado a Loli que más valía para ella exiliarse un tiempo y concluir sus estudios de derecho en Francia o en Inglaterra, donde tenían amigos que podían acogerla. Loli se negaba a dejar su país y a sus amigos, y seguramente al chico que empezaba a frecuentar. Pero Rafael sabía convencerla. Sólo buscaba una manera segura de enviarla al extranjero.



Aquella tarde del día 17, decidió pasar por la calle de la Encomienda. Por dos cosas. Preguntar por la señora Paredes y asegurarse de que se había curado totalmente la herida en la mano y para pedirle un favor. En realidad, le sabía mal no haberla contactado antes, e iba a pedirle una cosa importante.

Vaciló un poco al tocar el timbre, pero sintió que era una necesidad, sobre todo pensando en Loli.

Carmen, ya muy excitada, abrió la puerta del despacho de Vera brutalmente y sin llamar a la puerta. Tenía ojos de plato.

—¡Vera! ¡No entiendo! Está abajo el periodista, ahora mismo. ¿Qué hago? ¿Le digo que suba?

—Claro que sí Carmen, qué pregunta más tonta, haz como haces con los demás, déjate de niñerías por favor, pórtate bien, sobre todo si vienes conmigo a París. ¡Tienes que controlarte un poco mujer!

Entró Rafael en el despacho refinado, oliendo todavía a madera y flores. Pensó en seguida que se notaba que sólo vivían chicas aquí.

—Señora Paredes, buenas tardes, ¿me permite pasar?

—Señor Delmonte, buenos días —y añadió la modista—: Por fin, salió el artículo, muchas gracias, y me gustó, como me lo dijo hace ya casi tres meses —la modista reprimía una sonrisa.

—Bien, bien, me alegro, discúlpeme por el retraso, sí salió en «El Sindicalista» no en «La Tierra» pero es igual, lo he firmado y escrito yo. Sabe, escribimos los redactores en varios diaros, que sea el uno u el otro es igual, bueno, siendo de la misma tendencia política, claro. He venido para saber cómo está, ¿cómo lleva usted el tema de la mano? Mejor, espero.

Vera, miró la cicatriz de tres o cuatros centímetros que tenía debajo del pulgar de la mano derecha.

—Sí, sí me lo curaron bien en el Hospital Clínico, gracias, aunque fue muy largo, ahora ha desaparecido del todo la infección, no me había dado cuenta de que se trataba de una urgencia. Imagínese un poco, una costurera a quien le faltan tres dedos en la mano, por fin, tuve suerte, y se curó. Usted ha hecho bien alarmarme el día del mitin.

—Me alegro, Señora. Sería una pena para usted y para todas las señoras madrileñas si dejará de dibujar y crear. Vera notó subir el calor a sus mejillas, le gustaban los piropos de los hombres, sobre todo cuando eran hecho con tanta cortesía. Y sus palabras parecían realmente sinceras. Sabía detectar la hipocresía y la sinceridad.

—Le tengo que confesar una cosa, se lanzó Rafa. La situación política empeora aquí como sabe, nadie lo puede ignorar. Yo estoy muy ocupado con mi trabajo de redactor ahora en El Sindicalista, y suelo cuidar a mi hermana menor Dolores, bueno Loli, desde que se murieron nuestros padres.

Rafael no se atrevía a formular su pregunta.

—Bueno, voy al grano, sé que tiene previsto un viaje a París. Hablé con su secretaria hace una semana.

Vera pensó «¡Vaya chivata la otra! ¡Se hace la mosquita muerta y maniobra cuando no estoy!».

—Entonces —siguió Rafael—, sólo se trataría de acompañar a Loli hasta París, donde tengo a un amigo abogado, para apartarla de lo que va a ocurrir aquí dentro de poco, se lo agradecería mucho.

Vera se veía alabada y esa idea de proteger a alguien y sobre todo a un familiar de un hombre majo le parecía toda una aventura. Consideraba que su vida era demasiado tranquila últimamente, venía bien la propuesta que le hacía Rafael.

—Claro, claro, señor Delmonte, replicó Vera entusiasmada.

—Llámame Rafael, por favor,

—Claro, Rafael, ningún problema, bueno sí, hay un problema, es que nos marchamos hoy mismo, a las…

La corta el periodista:

—No pasa nada, estaré en la estación de Atocha a las ocho y media con Loli. —Hasta sabía la hora de la salida del tren, pensó de repente el periodista que le quedaban sólo cuatro horas para convencer a su hermana de que dejara su infancia, su vida, su amor, y que tendría que usar de toda su autoridad.

—Qué venga con una maleta llena de su ropa más lujosa. La presentaré como mi asistenta en París. Vera pensó que de todas formas sería mejor que con esa estúpida de Carmen.

Tengo que parar en Burdeos, añadió la modista, dos días, pero le aseguro que para el 21 de julio estará su hermana en casa de su amigo.

—Gracias, le pagaré para…

—¡Por favor! —le cortó Vera—. No me insulte, no hable de dinero, no soy tonta, veo que la situación aquí está a punto de estallar, más vale aislar a su hermana por un momento, lo entiendo perfectamente, y me alegro de ayudarla y ayudarlos.

—Mil gracias, Rafael le cogió la mano para besarla.

En aquel momento ocurrió lo que temía Vera. Lo que no quería ver desde unos días. Toda una serie de emociones empezaron a surgir en su cuerpo, adormilado desde siglos. Un calorcito le subió por la espalda, para culminar en sus mejillas coloradas.

—Nos vemos en Atocha entonces.

—Sí a las ocho y media.

Rafael salió del despacho, el paso ligero, la chapa de plomo que tenía sobre los hombros había desaparecido, con la respuesta positiva de la señora Paredes. El porvenir de Loli se aclaraba, la imaginaba en París, estudiando y riéndose en una de esas fiestas lujosas de la Capital. Se alejaba para ella los días de hambre, los bombardeos y la angustia que intuía el periodista para su cuidad. Una vez más acogió el bullicio de la calle de la Encomienda con alegría. Doble alegría. Al fin y al cabo no dubaba de que iba Vera a ayudarle. Se paró en la esquina, en la taberna Antonio Sánchez, institución del barrio Lavapiés desde 1787 y pidió una torrija y un corto de café.

ESTACIóN DE ATOCHA

Habían llegado con adelanto. Loli tenía los ojos rojos y mojados, no paraba de llorar, pero al fin y al cabo entendía muy bien las buenas intenciones de su hermano mayor. Y si lloraba porque ya no iba a ver más a su novio, lloraba sobre todo porque le daba miedo dejar a Rafael en un ambiente de crisis. Sabía, además, que su trabajo lo llevaba en los puntos más explosivos del país, aunque siempre procuraba protegerla y minimisar los peligros que encontraba siendo redactor político.

Loli era una joven muy guapa. Morena, de pelo rizado, largo, y con grandes ojos negros. Un tipo muy andaluz como su madre. Alta también y delgada. Hubiera podido servir para pasar por un modelo. Además, se movía un poco como su hermano. Suavemente, con ademanes lentos pero seguros.

De inmediato Vera, al verla, la imaginó con una de sus últimas creaciones. Cada vez que encontraba a una joven no podía dejar de vestirla mentalmente con uno de sus vestidos. Pensó: «la pieza numero 3 de la próxima colección, la verde, le quedaría muy bien».

Rafael estaba en el anden de la vía Uno. De donde tenía que salir el tren de noche para Francia. Andaba, un tanto angustiado, esperando a Vera y Carmen. Al verlas se puso a sonreir. Era la primera vez que Vera lo veía así, a pesar del momento crítico y de la situación tensa. Notó que su sonrisa le daba cierta dulzura y le quitaba diez años en un segundo.

—¡Qué alivio! estás aquí, sopló él.

—¡Claro que sí! No te preocupes. Buenas tardes, Loli —mirando a la moza—. A partir de ahora eres mi asistenta, mi secretaria, dime de tú, no tengas miedo. Estás bajo mi responsabilidad y suelo viajar. Tú verás, Francia es un país muy bonito y París, no te puedes imaginar lo precioso que es.

Loli le contestó a su saludo, un tanto impresionada. Solía verla en las revistas de moda en fotos, con actores o en publicidades.

Se apuraron a subir las maletas. Se notaba que mucha gente había decidido saltar a un tren, sin preparación. Había una cantidad de mujeres que lloraban, de niños que gritaban, en unos segundos se agotó el tiempo y era ya la hora de la despedida. La estación de Atocha con su arquitectura tan particular mezclando hierro, cristales y columnas orientales, habitualmente tan alegre se convertía de repente en un lugar de tristes despedidas.

Empezó el tren a señalar que se iba a poner en marcha, pitando. El humo blanco salía de las chimeneas, los ojos de las mujeres ya

irritados por las lágrimas se ponían más rojos todavía.

Carmen y Loli subieron las primeras y se instalaron en el coche. Vera se quedó un instante en el primer escalón del tren, intentando tranquilizar a Rafael, diciéndole otra vez que iba a cuidar a su hermana y que le enviaría un telegrama a la dirección del periódico, calle San Bernardino, el 21 a su llegada a París.

Subida en el peldaño llegaba a la altura de Rafael, quien la cogió con la mano derecha por el cuello besándola en la boca, sin pedir permiso. No controlaba en este instante su propia reacción.

Vera, sorprendida, vivió estos segundos suspendidos como si tuviera en el pecho una explosión de mil flores. Lo olvidaba todo: la responsabilidad que tenía de acompañar a Loli, el ambiente dramático que se acercaba con la iminencia de la guerra civil y el hecho de aislarse de su país. El recuerdo de la escena durante las horas siguentes en el tren desencadenó en ella toda una serie de ideas, de creaciones nuevas, de nuevos vestidos adornados de rosas de seda y terciopelo. La modista cogió un lápiz y un cuaderno y empezó a dibujar flores rosas y pardas en un sombrero.



Dibujo de Vera, para bordar en una camiseta blanca, en el bolsillo

* * *

Por su parte, Rafael salió de la estación para ir hasta el Congreso de los Diputados. Hacía varios días que las sesiones estaban suspendidas. Había dicho a sus compañeros redactores Ezequiel Endériz Elduayen y Santiago Sánchez Hernández, periodista especialista de las Cortes, redactor político, que se juntaría con ellos allí, justo después de acompañar a su hermana a la estación.

Al cruzar la Gran Vía notó en un escaparate de perfumería que tenía en los labios y bajo la nariz rasgos de color carmín debidos al beso que le dió a Vera. Al quitárselo vio a Indalecio Prieto pasar en el reflejo del espejo. Se daba prisa y a pesar de su peso, iba casi corriendo. La situación era seguramente muy grave. Rafael buscando su libreta y su pluma, anduvo él también rapidamente hacia el Congreso. Le dieron los leones de cada lado de las escaleras por primera vez una sensación

extraña de peligro o de agresividad. No lograba ordenar sus ideas. Sentimientos opuestos se enfrentaban, como en un gran «big bang» en su cerebro. Sentía el nacimiento del amor, una felicidad pura e intensa y a la vez sabía que las horas que iban a venir verían la situación de la République cambiar de manera irremediable. El calor del verano que le tinte de dulzura no cuajaba tampoco con lo tenso del ambiente político.

Ninguno de los periodistas durmió aquella noche. Estallaba la guerra. Cada uno en su despacho, o en la Telefónica redactaba los artículos para el día siguiente.

El gobierno de Azaña que se negaba hasta entonces a armar a los trabajadores entendió que no podían seguir así. Los sindicalistas intentaban desde unas semanas armar a los obreros.

Los dos o tres días que siguieron fueron terribles, como lo sabemos todos. Hubo muchos muertos en los dos bandos.

* * *

Vera por su parte aprendía a conocer a Loli. Las tres mujeres de viaje no se enteraban de lo que pasaba en España, porque de viaje era más dificil leer la prensa. A través de lo que le contaba la joven de su vida percibía también lo que había sido la vida de Rafael. Tomando el riesgo de pasar por una persona curiosa, por una cotilla, interrogó a Loli con el fin de obtener aún más informaciones sobre el periodista, y más que nada, el tema de sus amores le interesaba. Pero Loli le dió a entender que su hermano no tenía tiempo de ligar porque estaba realmente apasionado por su trabajo, sólo le habló de una tal Rosa, bailarina polaca, que conoció en un teatro y con la que tuvo una relación durante unos meses el año pasado, pero ella tuvo la oportunidad de ingresar el Opera en París y decidieron cesar la relación. Así que, ahora no le conocía ninguna novia.

Lo imaginaba Vera con una de esas chicas muy joven que aparecen en las pinturas de Edgar Degas y sentía sobre todo celos. A lo largo del viaje en tren, que duró algunas horas para llegar hasta Burdeos cosechó unos rasgos del carácter del redactor: franco, galán, honesto, y lo que entendió le parecía corresponder a lo que buscaba en un hombre.

Satisfechas de la charla simpática y sin sentir cansancio, bajaron del tren, en un país en paz. Las tres mujeres tomaron un almuerzo en frente de la estación de Burdeos, en un restaurante típico de la región, probando los «canelés», especialidad de la cuidad, hechos con harina, huevos, ron, y caramelo.

Carmen y Loli fueron sorprendida por el ambiente un tanto «confesional» del bar, que no correspondía al bullicio de las tabernas españolas. A primera vista los franceses parecían cursis y más frios

pensó Carmen. Lo que contaba Vera sobre ellos al volver a Madrid, después de sus viajes a Francia, era cierto.

Carmen, seguía con sus preguntas infántiles:

—¿Pero, por qué cuchichean todos? No es día de misa.

Vera le contestó:

—Sabes cariño, somos vecinos, pero creo que los Pirineos son más altos de que lo pensamos. Muchas cosas te van a sorprender aquí. Mira ante todo, observa, calla, y después imita a las francesas. Tomátelo como un juego. Es mi consejo, guapa.

Al atardecer visitaron la empresa Murat que era famosa en la producción de sedas de colores. Necesitaba la modista encargar kilómetros de tela para su taller madrileño, situado en el barrio de Lavapiés, muy cerca de la oficina de la calle de la Encomienda, y quería las mejores piezas. La seda venía de India, era diferente de la que se producía en España, quizás porque los gusanos eran diferentes en el otro continente. Encargó varios rollos de seda de colores diferentes. Allí esperaba otro chófer para llevarlas directamente a París. Vera pidió al hombre que la parara al día siguiente cerca de la ciudad de Tours donde había otra fábrica de telas muy robustas, que servían, por ejemplo, para confeccionar los grandes bolsos de los Correos franceses. Era en el camino, entre Burdeos y París.Se alojaron las tres mujeres en un hotel muy clásico, típico francés en una aldea con un nombre muy complicado —St Sulpice et Cameyrac— cerca de la empresa Murat.

Vera, viajando, buscaba una manera de ayudar a los trabajadores y al bando republicano. Tenía, en ese ámbito, muchos amigos, muy comprometidos. Hacía varias semanas que había elaborado un plan con la ayuda de algunos. Estaba previsto que se procurara también tela espesa en Francia. Pensaba Vera, como muchos, que necesitaban un «ejército» improvisado los republicanos y se le ocurrió unas semanas antes desiñar y confeccionar monos con una tela azul robusta.

Tres o cuatro líneas en una hoja de papel y el mono y la boina salieron de la imaginación de la modista. Algo práctico, nada de estilo ni de moda, y que podían llevar tanto los hombres como las mujeres.

Hechos sus planes, Vera no cabía de contenta, y esperaba ese viaje a Francia para adelantar en sus proyectos.

Pensaba ofrecer los monos a los republicanos. Tenía sus convicciones y quería participar en la lucha, de manera concreta.

Llegaron las tres chicas a la empresa de telas, bastante tarde, justo antes de que cerrara. Carmen no entendía porque su jefa quería visitar esos talleres de tela espesa y basta que no cuajaba con las empresas más lujosas con las cuales Vera solía contratar. Sedas, satines, encajes, terciopelos. Al llegar y bajar del coche sus dudas fueron aumentando.

Sus tacones negros de las botas de botones se hundieron en una capa de barro que había justo delante de la puerta sucia del taller. El cartel con letras hechas con pintura antigua ponía: «Tissus Havane et Compagnie».

—Vera, ¿eres segura de que podemos encontrar algo para la nueva colección del invierno, aquí? Me parece un poco…

Vera la cortó, con un tono un poco tajante y un ademán sin equivoco.

—¡Carmen, calla por favor! Entra en el coche y espérame dentro con Loli. No puedes entender todo de los negocios. Déjame hacer, y por una vez muérdete la lengua.

Carmen, un tanto avergonzada se miró los zapatos y abrió la puerta del coche sin hablar más. No le podía contestar nada. La verdad era que su jefa la traía de viaje a Francia gratis, mientras le pagaba su sueldo y le regalaba artículos de moda carísimos. Más valía escucharla y callar, pero se quedaría con sus preguntas y sus dudas y eso la molestaba un tanto.

Al sentarse en el coche sintió que aquella visita tenía cierto misterio pero se juraba que no iba más a hablar del asunto con Vera.

Se quedó la modista media hora dentro. Salió y Carmen la vió dar un apretón de manos a un hombre calvo con un mono un tanto sucio hecho con la tela que salía de su taller, algo basto, bruto, seguramente para realizar los vestidos de las monjas del monasterio del pueblo de al lado. O para realizar las faldas de las chicas que cuidaban las vacas, ya que veía la secretaria un montón de ganados en los campos verdes franceses. Por ahora Carmen no veía ningún encanto en aquel país.

Entró Vera en el coche, al lado del chófer y le dijo:

—Bueno, ya está, ahora nos vamos a París chicas, espero que llegaremos antes de cenar.

Carmen notó que Vera parecía satisfecha. Una sonrisa que no le conocía iluminaba su rostro, algo como una satisfacción profunda, pero, no le hizo más caso al llegar a París, tanto estaba distraída por las luces parisinas.

En la ciudad de Tours la costurera había encargado la salida de cuatro camiones por semana del taller «Havane et Compagnie» llenos de rollos grandes de tela espesa y azul, a destinación del barrio de Lavapiés. Y eso sin más explicaciones, pagando en efectivo, sin apuntarlo en la contabilidad, para mayor discreción. ¡Cuánto menos personas al corriente, mejor! pensaba la modista.

Llegarón el 21 de julio a París, como estaba previsto. Vera vio los títulos de los periódicos pasando delante de un kiosco y se asombró con las noticias de España. Intentó no alarmar a la joven Loli antes de dejarla en casa del amigo de Rafael, el abogado Domenec Marti. Una de las primeras cosas que hizo fue enviarle un telegrama desde el

Hotel Montmartre y pedir la prensa internacional en la recepción del hotel.

«Loli está en casa de su amigo. Buena salud y contenta. Vera».

No pensaba añadir nada pero después de unos segundos de vacilaciones pidió al recepcionista que se encargaba de los correos que añadiera estas palabras: «A la vuelta tengo que hablarte».

Rafael encontró el telegrama en la mesa del despacho en el periódico. Se le quitó la angustia, Loli estaba ya a salvo pero la última frase de Vera le intrigó un poco. Pensaba él que seguramente le quería hablar del beso, y decirle que le había faltado al respeto.

Tenía el redactor que irse en coche con un colega hasta el Sur, si podían pasar. Allí también la sublevación de los franquistas asolaba la región. Quería como periodista hacer el máximo para informar al pueblo de los acontecimientos. Y lo veía como un deber. Tenía que irse allí al menos 15 días. Sin duda no estaría en Madrid para el regreso de Vera, que tenía que volver después de dos desfiles importantes en la casa Fragonard.

Antes de marcharse hacia el Sur Rafa escribió una carta para Loli, temiendo que fuese su última. Intentó sacarse aquella idea mórbida de la cabeza, pero se ponía cada día más pesimista.

Querida Loli,

No sé cuando te llegará esta carta, y no sé si aún te llegará. Cada día me alegro de saberte en seguridad en aquella maravillosa ciudad de París, la cual visitamos con nuestros padres hace más de 17 años. Eras muy chiquitina, no te puedes acordar. Representan estos recuerdos unos momentos de felicidad, de pura felicidad, que me ayudan ahora en estos terribles tiempos, en los cuales creo que la humanidad ha perdido el ceso. No te quiero contar en detalle lo que vivimos aquí en Madrid. ¡Sobrevivimos !

Lo que me interesa es lo que haces tú, querida hermanita, tus proyectos, tus estudios, tus nuevos amores. Vive y aprovecha de cada instante de libertad. El tiempo pasa volando, la juventud igual, no esperes para hacer las cosas, no temas, y ama, ama, hasta la locura si hace falta. Vive libre Loli, mi felicidad ahora está en tus manos, vivo a travès de tu libertad.

Tu hermano que te quiere.

Rafa

Principio de Agosto. El tiempo pasa volando. Félix Paredes y Rafael Delmonte firman casi todos los artículos de la prensa granadina. Trabajan día y noche. La situación es tremenda, y el período no está para pensar en los asuntos amorosos. Francia, país más cercano, no parece querer intervenir para ayudar a su vecino. Los fascistas reciben la ayuda de los alemanes y de los italianos. Basados en Mallorca las fuerzas aéras italianas siguen bombardeando con más facilidad.

De tanto trabajar, las fuerzas de Rafael se agotan. Tenían que quedarse unos días pero las circonstancias hacen que siguen allí. El papel de corresponsal en el frente era muy importante para la prensa. La tensión era al máximo para los periodistas también que vivían el mismo peligro que los soldados. Se juntaban a los republicanos, en las trincheras, en la esperanza y vivían como ellos en la tristeza la pérdida de algunos.

Una tarde sin pensarlo, tomó Rafael las armas para salvar a un grupo de hombres. Ni él sabía si era periodista o soldado republicano en el infierno del frente. Lo que sabía es que luchaba por sus convicciones, y por la libertad.

El último día, en el Sur de España, Rafael recibío en el brazo izquierdo una bala. Estaba en la trinchera con unos hombres, y al empezar el asalto, se dio cuenta de que el arma que tenía ya no funcionaba, por el polvo y las piedrecitas que se habían puesto en el cañon mientras se arrastraba en el suelo, tuvo que salir corriendo para retroceder. Tenía sobre el casco y el chaleco la inscripción «Prensa», que evidentemente, no pudo protegerlo del todo. En el alboroto, las balas se disparan casi a ciegas, las recibe él que desgraciadamente tiene que recibirlas. El periodista tuvo suerte. Oyó llegar el silbido que aumentó dos segundos antes, y recibió una especie de empujón, que le tiró al suelo, como si un soldado invisible se hubiera invitado de golpe a su lado en la batalla. No sintió al principio el dolor en el brazo, sólo el dolor normal de una caída al suelo, algo como cuando practicaba rugby con los amigos en los campos de Carabanchel. La mancha carmín que aumentaba en el mango de la camisa dio la información al cerebro de Rafael que había algún peligro, fue sólo en aquel momento cuando el dolor le inundó hasta la oreja izquierda. Ezequiel Enderiz que estaba a su lado logró recuperarlo, ponerlo de pie y animarle a correr lo más rápido posible para ponerse a salvo. Sin esa ayuda de su amigo, sin duda, el cuerpo del periodista se hubiera quedado en el solar hasta el fin de la batalla.

Llegaron por fin, corriendo los dos hasta la central telefónica de Granada, después de cuatro kilometros sin parar. Allí curaron brevemente a Rafael, y le sacaron la bala con unas tijeras del despacho, con la precaución de quemarlas antes con un mechero, para hacer una leve desinfección. La herida aunque fea, curada por las manos no expertas del republicano que realizó la extracción parecía moderada. Rafael estaba más bien espantado por la proyección mental de lo que hubiera podido suceder aquella tarde, y por la barbaridad de los acontecimientos, que por su operación realizada a lo bruto, en carne viva. Se quedó media hora sentado, chocado, intentando recuperar. Menos mal que tenía brazos de deportista, la carne frenó la bala y el hueso no explotó, hubiera sido peor.

Escribió Ezequiel Enderiz su último artículo, dictado enseguida por téléfono a sus colegas redactores que se apuraban para sacar los papeles para la edición del «Sindicalista» de la tarde. La dirección del periódico les dio la orden de regresar a Madrid, antes de perder a un hombre. Dejaron a sus colegas sudistas, con emoción, pero es verdad con cierto alivio, y con ganas de volver a ver Madrid.

Con la ayuda de los periodistas andaluces encontraron un coche y se marcharon al anochecer. Rafael tenía que ver a un médico, la herida parecía bastante controlada, pero era más prudente. En el viaje de vuelta, cansados, los dos amigos apenas hablaban. Por haber vivido la situación de cerca se daban cuenta de que la victoria del bando republicano era casi imposible. Pensaban en sus años en «La Tierra», en los años de felicidad durante la República y lloraban en su fuero interno, como hombres, recordando a sus compañeros asesinados o muertos al combate.

Sólo el hecho de saber a Loli a salvo y el recuerdo del beso con Vera le procuraba alivio.

La dirección del periódico «el Sindicalista» en Madrid les acaba de otorgar una semana de descanso, enviaron a otros corresponsales en el Sur. Necesitaban Rafael y Ezequiel volver a ver a su familia. Ya no se trataba de vacaciones, nadie quería utilizar la palabra «vacaciones», la situación no lo permitía. Rafael que no contestó al telegrama de la modista, por falta de tiempo, quería volver a ver a Vera. La idea se hacía cada hora más presente. Después del hospital, tenía previsto verla el día siguiente de su regreso.

Llegaron muy tarde en los despachos de la redacción. Emoción, abrazos, contaron enseguida a los colegas la situación en el Sur de España, todos escuchaban atentamente y relataban los acontecimientos, las pérdidas de hombres y las esperanzas. Todos los colegas y amigos estaban allí. Marin Civera, Homedes el dibujante de talente, Carnicero su colega, Sanchez Roca y muchos otros.

El placer de volver a ver a los amigos les dió un bálsamo al corazón, y el más alegre de la banda, Julio Zugoziata, sacó de un cajón del despacho una botella de Paxarán. Empezaron los hombres a beber y a brindar por el mero hecho de estar todos reunidos como antes. Momento de alegría, de amistad sincera compartido entre ellos. Recordaban los banquetes en Los Galayos o en casa Lhardi, los mejores restaurantes de Madrid, donde estaban invitados todos en varias ocasiones. Contaban anecdotas y se reían. Evocaban el Madrid libre y alegre de los años pasados.

Al cabo de una hora, casi borracho, el efecto del alcohol, aumentado por el cansancio, la falta de sueño, y la falta de comida, Rafael se dió cuenta de que unas cajas de madera invadían el espacio y el vestibulo del despacho de la redacción, y lanzó a sus colegas, tamboleando en la

silla de madera:

—¡Qué hay aquí dentro, armas! ¿¡Os habéis todos convertidos en soldados, aquí o qué!?

—¡Fijáte Rafa, no! contestó Marin Civera García, el director, una cantidad de monos para los combatantes, de tela azul, francesa, ¿te lo crees tú? ¡si tu hubieras visto a la mujer que los trajó! ¡Te hubieses enamorado en seguida! y jefa además. No sé que Paredes, la modista famosa, sabes, la pelirroja que sale en Blanco y Negro.

Rafael, se levantó, vaciló, y se acercó a las cajas. Tenía una sonrisa en la cara y sus dedos se acercaron a sus labios.



Cajas de monos para los Republicanos

Se quedaron en el taller algunos colegas periodistas, toda la noche charlando. Agotado, Rafael durmió en el sofa de la redacción del Sindicalista, calle San Bernardino.

TARDE EN MADRID

Pasaron algunas horas.

Hacía más de media hora que Rafael esperaba en la acera, calle de la Encomienda, sabía que las dos mujeres estaban trabajando puesto que vio a Carmen salir de la empresa. Las bailarinas que bajaban del taller de la misma calle se reían a carcajadas, y Rafael pensó un rato que la vida seguía en Madrid como antes de la guerra. El barrio de Lavapies parecía igual que en su infancia. El cine, la panadería el Horno, el almacen de carbón. No era el caso, pero guardar un poco de frivolidad y conservar su empleo era algo esencial para seguir adelante. Las chicas de los teatros y cabaretes seguían divertiendo a los soldados cuando tenían dos o tres días de descanso, y eso era vital para la moral de las tropas. Celia Gamez, la sulfurosa bailarina hispano-argentina, era la más popular de todas, por su talento pero también por su fama de mujer ligera. Se la podía ver en varias revistas musicales, muy de moda en la capital. Los madrileños le prestaban relaciones amorosas con muchos nobles y hasta con familiares del Rey, cuando estaba todavía en Madrid. Al estallar la guerra, regresó Celia Gomez a su país natal, dejando de hecho sus espectáculos. Toda una serie de bailarinas la copiaron, en el estilo y en la manera de vivir.

Poco después de la llegada de Rafael en la calle, Vera abrió la puerta de madera con un empujón de cadera, para no soltar los bolsos que tenía en brazos: algo muy sensual. Llevaba unos tacones de diez o doce centímetros que le alargaban las piernas que tenía perfectas a la apreciación del periodista. Las medias negras de un gran costurero francés ayudaban a darle un estilo de los más elegantes. El sombrero, estilo «cloche» como dicen los franceses, verde oscuro y la flor de seda blanca hacía que de todas las criaturas que pasaban por la calle era la más reluciente y la más guapa. Un estilo, un encanto, una mujer salida de una revista de moda o de «Blanco y Negro», en ese barrio popular que era Lavapiés.

—¡Vera!

—¡Qué sorpresa Rafael! ¿Cómo estás? ¿Todo bien? Me dijeron en «el Sindicalista» que no estabas en Madrid. Fulmina Vera por dentro, pero intentaba demostrar cierta frialdad, casi ignorancia, para castigarlo.

—Sí, sí, disculpa, no te he contactado antes, me enviaron a Granada, cerca de la retaguardia, para cubrir la actualidad, cerca del frente como corresponsal de guerra, es horroroso, sabes, tantos

muertos, cogen a la gente por la calle, los matan, van a buscar a los ancianos en sus casas, los sacan, dicen que para un paseo y les dejan muertos en el campo, con una bala en la cabeza, perdona, perdona por contarte esto, no debería.

Vera se asombró al oir tal relato de tal manera que cesó en el acto con su moriña.

—Ya, ya sé, es terrible, tartamudeó la modista, la vida que conocíamos hace poco ha estallado. Todo aquello ya no existe, pero tenemos que resistir, por la libertad, por nuestras ideas y convicciones, si un hombre como tú pierde la fe, ¿quién va a conservarla? Le pasó la mano por el brazo, como para mostrale su ampatía. Recibiendo tal descripción Vera no pudo seguir con frialdad, lo veía realmente conmovido, se le temblaban un poco las manos.

Una docena de críos pasaron corriendo en la acera, llevaban palos y finjían unos tiroteos, algunos de ellos llevaban unas gorras de adultos, y las niñas tenían en el brazo un trapo atado con una Cruz Roja dibujada. Al pasar vacilaron los adultos.

Se acercaban mientras hablaban y naturalmente se besaron, apasionadamente. El le ponía la mano en el pelo tan bonito, pelirrojo y rizado, quitándole el sombrero y las pinzas joyas con cristales. Las melenas pasaban por su frente, con el aire cálido que corría. Rafa le susuraba a la oreja, palabras suaves y repetía en un suspiro: ¡te he echado de menos, sabes! ¡Te he echado de menos! Cada noche al cerrar los ojos pensaba en ti. Te veía en el anden, en Atocha, veía tus mejillas rosas por el frío, e imaginaba que te acariciaba.

Se quedaron así besándose durante unos minutos, momento suspendido. Los niños seguían en la acera de enfrente gritando y riéndose, lanzando unos «¡a esconderse, a esconderse, vienen los franquistas!». Vera se apartó de repente, con aire sorpendido.

—¡Tienes el traje mojado. A ver, ¿qué es eso? pero, ¡si es sangre! ¿qué te pasa, Rafael?

—Nada, no es nada, una bala, pero nada grave, me la quitaron en seguida, perdona, no tuve tiempo de cambiarme la chaqueta, es verdad que resulta un poco asqueroso. Lo siento, tenía tanta prisa de verte, que ni siquiera pasé por casa.

—Ven comigo, arriba, subimos ahora al despacho. Te voy a dar un traje de la última colección, del desfile. Y quiero ver como tienes el tema del brazo. ¡No te puedes escapar, y si lo veo feo, te llevo al hospital! Como tú casi hiciste conmigo.

Subieron los dos, se cogían de la mano en la escalera estrecha, justo cerrado la puerta del despacho se quitaron las camisas, ambos. Carmen no estaba allí, había pedido la tarde libre para cuidar a su madre. Los gritos de los jovenes jugando en la calle y en el patio del cinema subían hasta el piso que tenía los postigos entrabiertos. Era

una tarde madrileña alegre. Vera tenía la piel muy blanca, como porcelana fina, la cuidaba mucho, con las mejores cremas que podía encontrar en las perfumerias de lujo de la cuidad. La ropa interior que llevaba era preciosa, de seda y puntilla, algo muy rafinado. Rafael tenía el pecho ancho, de hombre protector y peludo, de nadador, lo que era totalmente al gusto de Vera.

Mesuraba el periodista que este momento era único, mesuraba la suerte de tenerla entre sus brazos.

Ya no hablaban, se miraban, besándose hondamente, como si fuera la última vez que se veían. Olvidaron mirar la herida del brazo de Rafael.

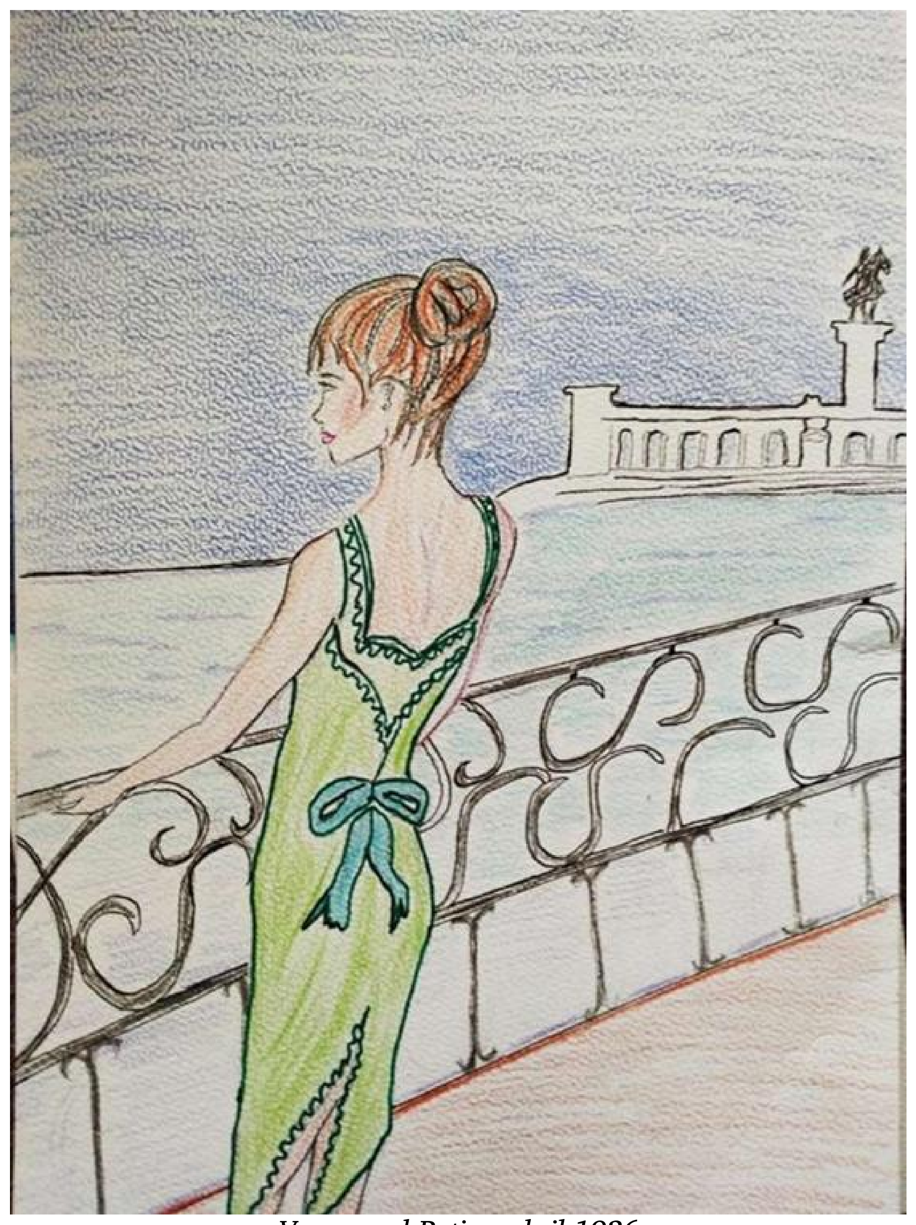
La hora que siguió nunca se borraría en las mentes de los amantes. Haciendo el amor mezclaron sus deseos, sus penas y su fe en el porvenir tan incierto. Enterraban los años de felicidad de la República y a la vez se abrían para los dos, nuevos sentimientos que nunca habían compartido. Un fin de algo y un comienzo a la vez.

Se quedaron así, silenciosos y saboreando esos minutos hasta que Vera le dijo, de manera un poco abrupta y rompiendo el encanto del momento:

—Me tengo que ir Rafa, lo siento, prefiero irme ahora, tengo que cenar con un cliente, no puedo dejarlo solo, viene de Italia, es un contrato importante para mi empresa.

Se vistieron en silencio, Rafael, viéndose en el espejo con el regalo que le hizo Vera notó que el corte del traje, diferente de los que solía llevar le quedaba muy bien, y la tela era muy suave y agradable. Se separaron en la puerta. Y la modista, con una sonrisa, le introduzcó en el bolsillo exterior de la chaqueta un pañuelo blanco que salía un tanto. Rafa hubiera querido pasar la tarde y la noche pegado a ella, pero es verdad que no tenía ella previsto lo que pasó entre ellos, y tenía que hacer lo que era imprescindible para sus negocios, el periodista lo entendía perfectamente.

Ninguno de los dos se atrevió a fijar una nueva cita.



Vera, en el Retiro, abril 1936

PASAN LOS DíAS

Rafael solía tener los martes libres. Intentaba aprovechar para cortar un poco con su trabajo y se obligaba a hacer las actividades que hacía antes de la guerra, como ir a nadar en la piscina del barrio de Carabanchel. Le parecía un poco raro hacer como si nada pero para su salud mental necesitaba esa burbuja fuera de tiempo y cortada de la realidad tremenda para respirar un poco. Los martes también solía escribir una carta a Loli, después del baño, cuando estaba más relajado y se sentía más tranquilo. Lo que le evitaba hablar de lo que vivían los Madrileños asediados en la cuidad. Sabía él que las noticias no llegaban bien y que los periódicos franceses no insistían en la situación en España ya que el gobierno de Léon Blum no quería intervenir en la guerra civil. Algunos intelectuales como André Breton o André Malraux intentaban alertar la población francesa de lo que occuría en España, pero la mayor parte de los franceses lo ignoraba. Malraux se enredó muy temprano en las Brigadas Internacionales.

Por la tarde cada martes iba a pasearse en el rosal del Retiro, y al salir se enganchaba en las callejuelas para llegar hasta el punto culminante de su día. Como lo había hecho el primer día, en dirección de Lavapiés.

Por su parte Vera, esperaba encontrarle abajo. Ninguno de los dos se atrevía a decir al otro que verse un día por semana era muy poco. Vera intentaba conservar cierta frialdad, como su condición de mujer a la cabeza de una empresa le mandaba. Y sobre todo para no acosar a su «oso madrileño» como lo nombraba en secreto.

Empezaban la tarde andando juntos, y eligiendo el restaurante donde iban a comer para acabar en el dormitorio junto al despacho de Vera, haciendo el amor como si tuvieran 20 años.

Cada uno por su lado era muy activo en la lucha en cuanto a la guerra civil. Vera seguía realizando en su taller la confección de los monos para los combatientes, a esconditas. Pasaban las máquinas de los rollos de seda, de organza a las telas espesas y robustas para vestir a los republicanos. Con la colaboración de unos amigos en Francia lograba hacer venir con regularidad camiones de tela procedentes de la cuidad de Tours.

Como Vera tenía bastante dinero gracias a la fama de modista y costurera de lujo, pagaba ella misma el material y ofrecía los monos luego a los combatientes, contribuyendo de hecho en persona a la lucha. Sus talleres estaban empleados la mitad del tiempo en la confección de los monos, que los obreros realizaban después de la jornada de trabajo, dando ellos de su tiempo, para servir la República.

Vera subía los sueldos y seguía muy atenta al bienestar de sus obreros, así ninguno de ellos podía quejarse y de hecho, ninguno quería cascar lo que hacía ella a esconditas. Pensaba la señora Paredes que la clave de su éxito era allí: tratar bien a los empleados para formar un equipo sólido. Esa visión de la empresa era realmente algo vanguardista y pocos patrones actuaban como lo hacía Vera en ese mundo de lobos de las empresas.

Por su parte Rafael seguía escribiendo artículos en varios periódicos, comprometiéndose cada vez más. Debido a su estilo percutante y tajante podía enviar lo que escribía a otros periódicos, los redactores le dejaban siempre sitio para colocar su prosa. Otros periodistas de «La Tierra» hacían lo mismo, como Ezequiel Enderiz, Marín Civera, Manuel Alarcón, Santiago Sánchez, publicaban en el Heraldo, en el Sindicalista, Ahora y hasta en Vanguardia de Badajoz como Clemente Cruzado.

Algunas tardes, Vera no sabía realmente si Rafael trabajaba con pluma y libreta o si tomaba las armas. No sabía si era miliciano o periodista, eso sí que temblaba por él, esperando el martes para volver a sentir el contacto de su piel cálida con sabor a miel. Eran aquellas horas una parentesis, que les permitía a los dos recuperar de la presión que tenían durante la semana.

A veces se cruzaban en algún mitin, él trabajando o interviniendo de orador. Ella con el pelo recogido en un pañuelo con algunas melenas pelijorras que asomaban. Nadie sabía que los monos eran su creación y lo quería ella así. Se cruzaban con la mirada, y la intensidad de aquel momento fugaz la nutría para aguantar hasta el martes siguiente.

Después de unos meses de guerra enviaron a Rafael a Valencia, se marchó el 9 de enero del 37, algunos meses después del gobierno de Azaña. Las instituciones y los sedes se habían trasladado allí, en la capital valenciana. Como redactor político tenía que asistir a las Cortes en Valencia. Tenía él que estar cerca de las decisiones, para relatarlo mejor en los artículos.

Vera, que no podía dejar sus negocios se quedó en Madrid. Tomó muy mal la decisión e intentó olvidar a Rafael. Ella, mujer fuerte, combativa, movida por su fe en el porvenir veía sus fuerzas agotarse poco a poco. Se sintió abandonada. Por una parte sabía que Rafa no tenía más remedio pero no lograba calmarse. Su papel de periodista y sus actividades le comprometía cada día más, y quedarse en Madrid hubiera sido una locura.

Estaba Vera cada día más deprimida, perdía el gusto a dibujar y a gestionar sus asuntos y llegaban sólo malas noticias. Menos mal que su secretaria Carmen iba adelante, para mantener a la empresa, tomaba a veces decisiones para su jefa, porque sabía que asi lo hubiera hecho, lo

hacía sin dudar, y la verdad es que lo hacía bien.

Durante el invierno 37 en Madrid muchos asesinatos se produjeron, el ambiente era explosivo. No se sabía quien era amigo o enemigo. Dentro de cada familia ocurrían dramas, denucias, traciones. Amigos del colegio de Vera que desaprecían, hijos de colegas encarcelados u otros amigos que se exiliaban a Francia para acabar errantes como perros hambrientos o traumatizados por el destierro forzado. Y otros al contrario se revelaban muy crueles, denunciando hasta a los miembros de su familia.

Los días pasaban y no tenía noticias de Rafael. Leía la prensa, cada día, a ver si aparecía su nombre, pero nada. Pasaba toda la mañana leyendo los artículos, dejando de lado su propio negocio. Y como ahora los redactores solían firmar los artículos con seudonimos era más díficil seguir su pista.

Vera tuvo la oportunidad de presentar unos modelos para la colección del próximo verano en el gran Palacio en París. Como quería hundirse en el trabajo, acepto la proposición. Cada martes por la tarde intentaba ocuparse el espíritu, una tarde mandó a Carmen que cambie el dormitorio al lado del despacho en una sala para comer. Quería olvidar los recuerdos de su relación con Rafael, quería borrarlo de su memoria, porque le resultaba demasiado difícil superarlo. Para salvarse de aquella obsesión, acabó por considerar que para él era sólo un ligue, una manera de pasar el tiempo. Y qué lo que vivieron era pura mentira. Se había dejado engañar.

CAPITAL DE FRANCIA

Vera se quedó dos meses en París. Intentando en varias ocasiones hablar de la situación dramática de España, con unos intelectuales que se encontraban en exilio, como Ortega y Gasset. Pero se dió cuenta de que muchos tenían miedo, y pocos eran los apoyos de la clase alta al bando republicano. Franco daba miedo, como Hitler o Mussolini. ¡Cada uno tenía familia todavía en España y muchos temían las represalias, los paseos, las ejecuciones!

Vera solía bajar siempre en el mismo hotel en París. Enfrente de la recepción notó que un hombre, pasaba dos o tres horas por la mañana sentado en una mesita con un whisky, y un cuaderno. Lo oyó hablar en castellano con un tal Montoya, tenía un acento americano, pero hablaba con soltura. Un hombre alto, y tenía cierto encanto con su pelo escondido en la gorra negra, típica del París popular y llevaba gafas de hierro. Por lo visto le encantaban las fiestas en Pamplona y comentaba las últimas San Fermines y la prestación del joven torero Pedro Romero, era cierto que era aficionado. Vera que salía varias veces por día de su habitación para acudir a las citas que tenía con otras modistas en la capital lo veía siempre allí sentado escribiendo y bebiendo. Varias veces las miradas se cruzaron, hasta sonreirse.

El señor Ernesto Hemingway era también periodista, lo que le llamó la atención. Estaba enviado por un periódico de Nueva York de corresponsal, y estaba a punto de marcharse para Madrid de corresponsal de guerra.

Vera, que se sentía bastante sola a pesar de sus compromisos para el trabajo, se acercó una mañana a él, con el pretexto de no haber encontrado su diario favorito en el kiosco de la esquina, y preguntarle si él lo tenía.

La invitó en seguida a tomar una copa de champan, que Vera aceptó a pesar de la hora muy temprana. Se quedaron charlando de la situación en España, y Vera se dió cuenta de que el periodista, que había vivido la guerra en Italia unos años antes era realmente un hombre compromedito y valiente, que no vacilaba en enrollarse en conflictos de otros paises. Se sentía de repente entendida, ya que conocía el autor el contexto complicado de la guerra, los protagonistas, los intereses de cada bando y sabía las horrores de las ejecuciones. Varios días se sentaron juntos a hablar, él vacía vasos los unos detrás de los otros sin emborracharse nunca. La modista se paraba después de la primera copa de champan. Vera canceló varias citas para poder charlar con él, necesitaba esas horas con un hombre inteligente y culto. Una mañana bajó de su habitación y vió que la

butaca de terciopelo parda estaba vacía, el recepcionista le entregó una carta, redactada como sólo un periodista o un autor lo podía hacer, lleno de cortesía y entre las líneas, lleno de esperanza en el porvenir. Ernesto Hemingway se despedía de Vera, iba al frente de Madrid junto a las Brigadas Internacionales cumplir con su papel. Vera pensó que hubiera podido vivir una aventura con aquel hombre, robusto, sabio, quebrado ya por la vida, pero tan realista y sobretodo valiente. Pero que al fin y al cabo los momentos que habían compartidos se quedarían más en su mente que una mera noche juntos. Dobló la carta de Hemingway, y la colocó en su bolso. Acababa con: «Me alejo de tus maravillosos ojos verdes, Vera, pero es para quitar las nubes negras de tu cielo madrileño, y devolverte tu puro e intenso azul ibérico». E.H.

Los días que seguieron fueron más sosos.

Un día lluvioso, en el salón junto a la recepción, se encontró una tarde cuando bebía té al lado de un hombre de cara enjuta, con una barba muy larga, muy cuidada, y unas gafas redondas. Se parecía a Ramón del Valle Inclán, pero sin el encanto. Lo que le pareció curioso es que ese hombre tenía, las cuatro veces que lo vió una especie de «corte» de señoras que se reían cada vez que abría la boca, y si tosiera era lo mismo. El reloj de oro y la aguja de corbata con esmeralda que llevaba indicó a Vera que ese hombre era uno de los más ricos de la capital. Las mujeres intentaban obtener una cita más íntima con él seguramente.

Cuando vino el camarero a servirle el té, Vera le preguntó en voz baja:

—Perdona, se me escapa el nombre de este señor, me puede ayudar, por favor.

—Es muy famoso, es el pequeño sobrino del señor Eiffel, Gustave Eiffel, sabe, la Torre…

—La Torre, claro, qué tonta soy, claro la Torre —repitió Vera.

Como un perro de caza, Paul Eiffel, oyó su apellido, y clavó sus ojos de ratoncito en los de Vera, con una sonrisa que le parezcó un tanto perversa.

Sin vacilar y con el seguro impertinente que pueden tener los franceses dirigiéndose a Vera dijó:

—Señora, después del té, la invitó a descubrir el rosal de los «jardins des tuileries», acaban de crear una rosa que tiene el nombre de Adrienne Bourgues, primer amor de mi tío Gustave Eiffel la cual le inspiró la creación de la Torre que lleva su nombre. Era ya dicho: no cabía de contento el hombre, dando su pedigre y el nombre de su tío ya sabía que las mujeres caían en la trampa.

Vaya presumido, pensó Vera, añadiendo al mismo tiempo con una sonrisa forzada:

—Con mucho gusto señor Eiffel.

Vera sabía que tenía que olvidar a su amante madrileño. Aceptar invitaciones era el primer paso para curarse, y olvidar a su periodista. Sabía que tenía que forzarse. Este u otro, le daba igual. Y este le parecía tener algunas anecdotas que contar, al menos la tarde pasaría más rapido y le encantaban las rosas. Podría asi encontrar inspiración para sus dibujos y a la vez comparar el parque del Retiro con los «jardins des Tuilleries».

Y fue el caso, la tarde fue deliciosa. Paul, era un hombre divertido. Alegre y culto. Pareció muy interesado por la personalidad de Vera, y se dedicó, las semanas que siguieron en seducirla por medio de billetes de museo, teatros, exposiciones y botellas de champan y ramos de flores en su habitación. Cada día Vera olvidaba un poco la falta de carisma del heredero de Eiffel y le encontraba algún interes, sobre todo que se interesaba por la moda y podían hablar de telas y comercio de telas, de desfiles y de casas con grandes nombres como Guerlain y Molyneux.

Una tarde la invitó al famoso «Lapin agile», taberna típica de Montmartre donde Toulouse Lautrec solía ir unas decadas antes. No paraba de oir hablar de aquel sitio, y aceptó Vera más bien por curiosidad. Pero desde su llegada tuvo una desillusión.

Los artistas cantaban en aquel lugar chiquitin, negro y oscuro, y el público se emborrachaba con la tradicional cereza con aguardiente. Sentados en un mero banco de madera sucio y que pegaba, igual que la mesa, Vera no entendía en que aquel lugar pudiera tener algún encanto. Seguramente era una cuestion de cultura. La tarde le pareció una eternidad, le dolía la espalda y no le gustaba la manera de cantar de los artistas, gritando demasiado y con una voz ronca a dos metros de la gente. Antes de que acabaron, por fin, el recital, sacó de su bolsillo Paul una cajita azul marino de terciopelo y al abriéndola dejó ver un anillo de oro y diamante, bajo los aplausos de los otros invitados le dijó a Vera con un tono solemne:

—Señora, si acepta este anillo, acepta seguir conmigo la aventura.

Los clientes gritaban de alegría e invitaban a la modista a contestar en el acto con un «Oui» tremendo. Los hombres lanzaban su sombrero y las mujeres, un poco borrachas seguían con los aplausos delicados con sus guantes negros.

Pasado los segundos de choque Vera tartamudeando le dijo:

—Pero, pero Paul, creo que se equivoca, nunca quise…

Los clientes cesaron el alboroto en el acto. Se podían oir las moscas volar. El pianista, que se enteró de la escena y del malestar causado por la declaración del señor Eiffel, improvisó algo y la cantante que ya había acabado su repertorio emprendió una canción con palabras hesitantes y tontas.

La situación tenía algo de burlesco visto de fuera.

Se levantó la modista, salió de la sala del «Lapin Agile» y corrió mientras sus tacones resonaban en el pavamento de Montmartre. Se quedó asi fuera durante dos horas, en el barrio de Montmartre, el tiempo necesario para volver al hotel bajo la llovizna. Lamentaba la equivocación, lamentaba haber engañado a Paul sin quererlo. No era su propósito. Sólo buscaba la amistad y un apoyo para soportar el exilio y la situación drámatica de su país. Pero quién no lo vive no puede entender lo que es una guerra civil. Necesitaba centrase y ver la realidad de las cosas. Tomar conciencia de eso era ya el primer paso. Llegó muy tarde al hotel, mojada, con los pies descalzos y maquillaje estropeado. En la recepción no se atrevieron a decirle nada, cayó en la cama sin cambiarse.

Asunto archivado: Paul, seguramente avergonzado, desapareció del hotel al día siguiente.

Vera seguía muy deprimida. Claro que estaba a salvo en París, pero le daba verguënza su posición. Aprovechaba del lujo, de la opulencia, tanto como en la comida que en la bebida. Champan a cada comida, a veces caviar ruso. Le daba la sensación de no ayudar a los suyos a pesar de lo que hacía para realizar los monos en sus talleres y pensaba en sus padres fallecidos, cada vez más. Sabía que remorarse los recuerdos de la infancia cada día, y varias veces por día no era buena señal. Le daba la impresión de esconderse en un rincón como un ratoncito y esa actitud no cuadraba con su propia moral ni con lo que le había enseñado su padre.

Diez días depués del asunto en el «Lapin Agile», en el hotel lujoso de la calle Rivoli, mientras atravesía el gran «Hall» de la entrada sobre sus tacones de doce centímetros para ir a una cita con una modista de la casa Chopard, un joven de la recepción la llamó.

—Madame Paredes, vous avez un message d'Espagne, un télégramme —Tiene un telegrama señora) le dijo con un acento francés.

Carmen, que seguía trabajando en la calle de la Encomienda le dejó este mensaje: «Ven ahora, sé donde está, no podía contactarte, era imposible. Encarcelado».

Todas las luces de la Torre Eiffel parecían alumbrarse en su corazón al leer el telegrama de la secretaria. Carmen que sentía a su jefa marchitarse desde hacía dos meses y como mujer romántica había asistido al romance con Rafael no pudo resistir en dar la buena noticia en cuanto se enteró por la mujer de un periodista del ABC de Madrid.

Rafael estaba en el frente de Teruel y aunque tenía la tarjeta de Prensa los facciocios lo cojieron y lo encarcelaron acusándole de masonería. Pertener a una logia era según el bando franquista un crimen. Montaban expediente y proclamaban las penas a través de un

«Tribunal Especial para la represión de la Masonería y el Comunismo». Bastaba con recuperar la prueba y proclamar que la persona no había renunciado a sus actividades para declarar una condena. La mayoría de los redactores y periodistas pertenecían a logias, alli hablaban por ejemplo de libertad de expresión, de temas humanistas, respetando las ideas de cada uno. Los franquistas hicieron desde el principio una verdadera caza de los masones, matándolos a veces sin pasar por un sumulacro de juzgado. Ese odio al masón venía de Alemania y se diseminaba en el bando franquista. Rafael se quedó dos meses encarcelado, en unas condiciones terribles, tuvo la suerte de no fallecer allí, a pesar de los malos tratos. Su buena condición física lo ayudó. Lograron salvarle los compañeros y el redactor en jefe de «Adelante» —periódico de Valencia— cuyo cuñado era director de la dicha cárcel.

Rafael estaba fuera desde hacía unos días e intentaba recuperarse en casa de un amigo José Marín Alcolea, alcalde de Archena, provincia de Murcia.

Vera con el telegrama de Carmen en la mano se giró hacia el recepcionista, diciéndole: «Prepáreme la cuenta por favor. Dejaré mi habitación mañana. Y intente reservarme un avión para Madrid, si hay, sino un coche o algún modo de viajar, lo antes posible». Todo esto en francés.

Ningún avión estaba disponible para llevar a Vera hasta Valencia. Lo único que pudo encontrar, —y todo eso gracias a sus relaciones con la burguesía francesa— fue viajar en un camión lleno de vinos franceses a destinación de Albacete, y luego Granada, para un terrateniente muy rico y seguramente a tendencia de derecha. Era lo más rápido para llegar hasta allí, y juntarse con Rafael. No sabía exactamente donde contactarlo, asi que no pudo enviar un telegrama y pensó que de todas formas llegaría muy rápido hasta el Sur de España. Allí buscaría su dirección exacta o dirigiendóse al taller de la prensa podrían decirle donde encontrar a Rafael.

Todo lo que había pensado sobre él estos últimos meses se estaba desvaneciendo. La rabia, la angustia habían desaparecido. Lo pensaba egoísta, malo, seductor, interesado por el tema sexual únicamente, o por la fama y resulta que estaba solo, seguramente torturado, en una cárcel fría y sucia, sin luz natural, compartiendo su ración cotidiana e invariable de pan y arroz con las ratas de aquella maldita cárcel. Sentía verguenza o culpabilidad.

Se angustiaba Vera de nuevo por él. Y si la bola dura que crecía en su garganta desde hacía unos meses había desaparecido totalmente le quedaba cierta culpabilidad por no haber imaginado aquella opción:

¡El no podía materialmente escribirle!

REGRESO A SU TIERRA

El viaje en camión fue muy penoso, por el calor. Salieron de París muy temprano y tenían que atravesar toda Francia en dirección de los Pirineos. La actitud del chófer y el ruido que hacían las botellas de vino al entrechocarse constantemente, sin hablar del olor a vino que la molestaba, aumentaba la sensación de malestar de Vera. Como entendía el francés, captaba las alusiones de viejo verde del tal André Bourguieux, conductor de la empresa «Calissou, vins et spiritueux».

Pasaba del ambiente muy refinado de los hoteles más lujosos de la Capital francesa a las carcajadas ruidosas de aquel hombre tosco más fino que un leño devorado por el fuego. Tenía la cara llena de granos y cicatrices. Pero Vera aguantaba. Procuraba no mirarle a los ojos ya que le daba asco, seguramente a cada pausa solía tragarse una de las botellas de su cargamento. Se había disfrazado la modista de campesina. El pelo recogido con un pañuelo, como lo hacían en Francia las chicas que cuidaban los cerdos o las vacas y unas botas que la molestaba al andar. Varias veces al bajar de la cabina del camión estuvó a punto de tropezar. Vera pensó que era más facil correr en el pavimento de la calle Rivoli con tacones de doce centímetros que andar con esas botas en la tierra húmeda de los Pirineos. El único detalle que la podía traicionar era el alfiler para moño regalado por el director de la casa Chanel con un rubí y avejitas de oro.

Pasaron la frontera al final de la tarde, hacía frío y conducían desde hacía una hora con las luces del camión. El ambiente de aquel lado de los Pirineos era diferente y aunque no pasaban por las carreteras principales se notaba en el aire algo peligroso, aumentado por algunos tiroteos que a veces se oían a lo lejos.

Después de pasar por Zaragoza decidieron pararse en un mesón del pueblecito de Calamocha.

Vera fue sorprendida al bajar del camión por el olor amargo y desagradable de los cerdos encerrados en varias cochiqueras que divisaba en la penumbre.

Vera pensó que a pesar del hambre quedaban pueblos donde seguramente seguían preparando un delicioso jamón serrano y tortillas con patatas. El chófer, él, no paraba de quejarse del olor con unos «beurk» de asco y otros «ce n’est pas possible!» que traducían toda su alegría de estar en España.

—¡Hola, buenas tardes! —gritó el mesonero—. Señora y Señor siéntese, les vamos a atender en seguida.

Vera refunfuñó entre dientes. Quería ser discreta y este tonto de camarero acababa de arruinar sus planes. Cinco o seis soldados

falangistas se dieron la vuelta para mirarla abandonando un ratito los vasos de vino peleón y el juego de naípes.

El mesón era muy ruidoso y lleno de hombres que de vez en cuando gritaban unas frases a la gloria de Franco.

Vera intentaba no mostrar su turbio e hizo un esfuerzo para conversar con el chófer en francés:

—Elle vous plaît l'omelette? (¿le gusta la tortilla?).

—Bof, Bof, ça manque de sel! (¡regular falta sal!).

—Oui mais cela fait du bien de manger, je n'en pouvais plus (sienta bien comer, estaba hambrienta).

—Ah, ça pour sûr! (¡es verdad!).

Mientras charlaban, un soldado, de cara enjuta y ojos de besugos se acercó a Vera.

—Hola, Señora, ¿le puedo preguntar qué hace a esas horas tan avanzada de la tarde con un hombre extranjero que por lo visto no es su marido? No me diga que le gustan los hombres de cara tan roja —remitía al aspeto de borracho que tenía el chófer— o, —añadió el soldado—, a no ser que sea su mente la que es roja.

La iba dándole con el codo.

Por lo visto la sangría le había hecho perder la buena educación enseñada en el colegio carlista de Gúipuzcoa.

—Por favor, Señor, o soldado, nadie le invitó a mi mesa y me gustaría cenar tranquila con mi amigo.

Avergonzado, el soldado se mosqueó. Su sonrisa desagradable, como si se hubiera pillado los dedos en un cajón, desapareció para dejar sólo en su rostro una mueca que daba miedo.

Insistía y no parecía querrer dejar a Vera. Ella sentía su mirada asquerosa que le quitaba la ropa. Buscó ayuda en los ojos del chófer, quien empezaba a recoger las cosas que había dejado en la mesa. Cuando Vera vio que recojía la llave del camión, entendió de repente que la cosa se ponía fea y que tendría que desempeñarse sóla de aquel mal paso. El soldado borracho seguía vociferando y se puso de pie girando alrededor de la mesa como una feria que se preparaba y disfrutaba antes de saltar sobre su prensa. Tenía algo de animal.

El chófer se levantó, miró a Vera avergonzado, pidiéndole perdón con la mirada por lo que iba a hacer, abandonarla en aquella situación tremenda, peligrosa.

Vera se sentía como una niña. El grupo de falanjistas invitaban al otro a corregir a la mujer, a aquella «roja». Le olía el aliento amargo, mientras intentaba besarla en el cuello. Su corazón latía tan rápido que lo sentía como si iba a salir del pecho, entre lágrimas vió que acudían a sus ojos la imagen de su padre, delante, que le decía «¡lucha nenita, lucha ahora, no dejes a nadie molestarte! ¡Despiértate, AHORA, Vera!»

De un salto se pusó de pie y salió la mujer de su estado de sideración. El falanjista borracho ya tenía la mano que se introducía en su sujetador y le apretaba el pecho con sus dedos espesos y sucios.

En un ademán rápido, la modista se quitó el pañuelo del pelo, soltando el cabello pelirrojo espeso y rizado. Se quitó la aguja que recogía el moño y pinchó al hombre en la garganta de donde surtió la sangre enseguida. Dió en el blanco…y en la carótida.

Tercera parte de la faena. La montaña de odio y de violencia en un segundo se derrumbó al suelo, en un ruido sordo, incontrolando su peso al caer.

Gritos, gritos por todas partes. Incluso de los campesinos que estaban comiendo en las mesas vecinas.

Vera notó que la aplastaban en la mesa. Crucificada, tres soldados la mantenían por los brazos y las piernas. Mariposa, con las alas clavadas por los alfileres.

El violador gritaba también, con las manos al cuello, el camarero le apretaba la herida con el trapo que justo antes servía para limpiar las mesas pegajosas de cerveza.

Vera no se dió cuenta de cuánto tiempo duró el jaleo.

Empezó a recuperar cuando la echaron en el camión para llevarla a la cárcel de Cariñena, a 30 kilometros de Calamocha. Le habían puesto las esposas.

El soldado herido seguía gritando y llorando, mientras lo oía pensaba Vera que era señal de que respiraba todavía. Seguramente tenía más verguenza que dolor.

Seguía la modista con la aguja Chanel en la mano derecha, arma destructora, con rubies y abispas de oro; objeto pequeñito que acababa de salvarla de una agresión sexual y de echarla a la cárcel a la vez. Abrió la mano Vera y contempló el objeto, pensando que la vida no era nada y que una cosa tan chiquitina era capaz de cambiar un destino, en dos segundos.

Al marcharse el camión de los soldados a través del cristal y de la reja negra, Vera divisó en el suelo, al lado de la puerta del mesón su maleta «Vuiton» abandonada por el cobarde señor Bourguieux, chófer de los «Vins et Spiritueux» franceses.

Aquella noche, Vera se alejaba aún más de su querido Rafael, que no iba a poder contactar desde el fondo de su cárcel aragonesa, húmeda, sucia y a un paso del sumario más importante que le iban a poner dentro de unas horas. Sin embargo, no tenía miedo, no. Vera, fiel a lo que le había enseñado su padre, había sabido defender su honra. La podían ahora echar en un pozo, había tenido el valor de defenderse y eso nadie se lo podía quitar. En aquel momento sólo quedaba aquel valor y mucha rabia.

Se despertó unas horas más tarde en el suelo, tenía en la boca una mezcla de sangre y de barro. Empezó por escupir. Un barro negro, húmedo, que olía a orina, compuesto seguramente de los escrementos de las ratas que pasaban, de los restos de comida, y de los bichos que vivían en aquella capa negra y dura. Sabía a infierno. Como tardaba en recuperar creyó un rato que estaba muerta y enterrada y que aquella tierra que tenía en la boca era la consecuencia de su entierro.

Después de diez minutos de aquel momento de duda tremenda divisó un rayo de sol tímido partido en dos por la reja negra que ocultaba la única ventanilla de su celda. Se levantó para mirar por aquella ventana pequeña, no veía muy bien, le faltaban dos o tres centímetros. En frente divisaba una casa encalada, una reja negra y una puerta de madera antigua. No sabía exactamente si daba dentro de la cárcel o si daba en una callejuela. En el alfeizar enfrente vió un gatito negro, un poco tiñoso que se rascaba con la pata las orejas. Pensó en Onix, el gato negro de su infancia, mucho más bonito, con el pelo azabache.

Unas lágrimas salían de sus ojos verdes, las reprimió en seguida pensando: «Si me angustió no encontraré solución para salir de este mal paso, tengo que guardar toda mi energía, no me van a matar por tan poca cosa».

Vera se sentó en la cama de hierro que estaba atada a la pared por dos cadenas. El colchón estaba tan sucio que le daba asco sentarse, seguramente lleno de chuches, y echaba peste. Pensaba en las sábanas de seda del hotel de la calle Rivoli, al perfume francés que ponían en la almohada. Se pusó a mirar todas las partes de su cuerpo que tenía muy dolorido. No tenía espejo la celda claro, pero en el fondo de su bolsillo tenía un espejito de laca negra de Annick Goutal y pudo mirarse la cara. Tenía un morado en el ojo derecho y estaba herida en el lado izquierdo con una marca de mano. Se acordó de repente de la bofetada que le dió un soldado la noche anterior antes de echarla en la celda, seguramente había perdido conciencia. Después se miró los pies, tobillos, rodillas, piernas, todo parecía en orden, siguió el examen, a parte la cara y un dolor en el codo izquierdo todo parecía a salvo. Le espanto pensar que hubieran podido abusar de ella mientras estaba desmayada, pero se tranquilizó viendo que su ropa interior estaba en su sitio, y no sentía ningún dolor en sus partes más íntimas. Pensó en aquel momento: «No tengo que imaginar más cosas, sino me vuelvo loca».

De repente alguien entró, un soldado. Parecía menos espantoso que los demás…, los de la noche anterior. Era muy delgado, joven, el pelo hirsuto y se había puesto la camisa al revés sin darse cuenta. La saludó entre dientes pero le dirigió a la vez una sonrisa, le dijó:

—Señora, aquí le pongo una sopa, no la deje enfriar, sería una pena.

No sé si habrá cena.

Salió, dió dos vueltas con la llave de hierro en la cerradura. En aquel momento Vera se vió en el escenario del palacio Real de París, hasta oía los aplausos del público, eran dos meses antes, para la presentación de su colección del verano. Pensaba en Icaro, en las alas quemadas, la caída, pero ella nunca había querido tal fama, era el fruto de su trabajo y de su pasión por la moda, pero tenía ahora que pagarlo. Se puso a llorar, se dejo caer en el colchón carcomido por los bichos, y se autorizó a vaciar su cuerpo de la tristeza que sentía, para luego poder recuperar fuerzas. Se rendía, por una vez, en la penumbra de su celda, sola, echando de menos a sus padres, a Rafael, a su vida, ahora quebrada. Cayó de sueño unas horas.



Puerta de la celda donde encarcelan a Vera

* * *

Quinze días pasaron. Era siempre el mismo soldado que le traía la sempiternal sopa. Por lo visto, sólo había seis o siete soldados en esta parte de la cárcel. Intentaba identificarlos con las voces, y les ponía apodos: el Tímido, el Fulgor, la Rabia, el Toro.

Cada vez le hablaba un poco más al que le tocaba a ella, y su sonrisa parecía más franca. Vera se atrevió a preguntarle su nombre. Gumersindo. Le hizo gracia. Pocos se llamaba así, pero Vera tenía a un amigo de infancia, vecino de sus padres, Gumersindo Alberca Montoya, que era ahora médico y diputado. Hasta se parecían, con sus gafas pequeñas y redondas.

Hoy han puesto un trozito de pan en la sopa. Al verlo no da muchas

ganas de tragárselo, pero usted necesita comer.

—Gracias Gumersindo. ¿Le puedo hacer una pregunta? Si me quiere contestar, claro. ¿Tiene usted tiene familia, algún hijo, o pareja? Aunque parece muy joven.

—¡Vaya pregunta! Hijos no, pero dentro de tres meses me voy a casar. Fuensanta, es muy guapa, es enfermera en la Cruz Roja.

—¡Qué bien! le felicito. ¿Sabe usted cuál es mi papel? ¿Quiero decir mi trabajo?

—Sí, sí. Bueno, la gente habla aquí, dicen que es usted famosa.

Vera sentía que tenía poco tiempo, se lanzó, cambiando de tono, y en voz más baja:

Si quiere, le puedo dar dos vestidos de mi última colección para su novia, sin pagar, y usted me ayuda a salir de aquí, no puedo quedarme aquí, tengo fama, si alguien se da cuenta de que estoy aquí presa, seréis todos juzgados y no podrás casarte (en la precipitación Vera empezó a tutearlo). Llama a mi secretaria, Carmen Ribera Ortiz, 18 calle de la Encomienda, Madrid, y te dará los vestidos, podrás eligir el color ...

Gumersindo había hecho dos o tres pasos para retirarse de la celda, pero parecía interesado por la propuesta.

¿Me intenta engañar, eso es?

—No, no, te lo juro, te los daré, pero ayúdame. Si he herido a tu jefe era porque me quería violar. Imagina que un soldado lo hubiera hecho a tu novia, y que después la hubieran echado a la cárcel, como una ladrona o peor, por haber tenido el valor de defenderse.

—Sí, ya sé lo que pasó, me lo contaron, pero como puedo hacer para…

—Deja la reja abierta, dame otra llave. No sé, vamos a pensarlo, pero por Dios ¡ayúdame!

—No sé, no sé. Voy a pensarlo. Es que…

—Tu novia estaría orgullosa de tí si lo hicieras, e imagínala con un vestido de terciopelo, seda, hasta el sombrero te lo regalo.

Se oye ruido en el pasillo.

—Hablaremos esta noche.

Añade el hombre (más fuerte):

—¡A comerse la sopa ahora Señora!

Salió Gumersindo. Vera estaba contenta, seguro que Carmen la iba a ayudar, alguien en Madrid ya sabría que no había llegado en el Sur con el camión de los vinos franceses. Estaba convencidad de que tenía apoyos fuera y que pronto iba a salir bien de todo aquello. Con aquella nueva alegría, con aquella esperanza, Vera se tragó la sopa y el pan, aunque tibia, le calentó el alma. Decidió dedicar la tarde a un plan para huir de allí, con la ayuda de aquel joven soldado que parecía tener corazón. Después empezó a dibujar, con los tres lapices

de colores que había conseguido tener y las dos hojas de papel no muy blancas. No le venía inspiración para desiñar ropa, evidentemente, pero se dibujo a ella, dormida, como para ayudarle a escaparse mentalmente de la cárcel.



Autoretrato de Vera realizado en la celda

* * *

Carmen, en Madrid, intentaba ayudar a Vera. Sabía lo del mesón, lo de la lucha, del accidente, de la sangre por todas partes, pero no sabía realmente en que cárcel la detenían. Muy cotilla, sabía con quien hablar para utilizar ese defecto que tenía e intentar salvar a su querida jefa. Si a veces parecía un poco necia era muy lista para ciertas cosas, y sabía encontrar informaciones precisas cuando era necesario. Le decía Vera en varias ocasiones, bromeando, que sería mejor como espía que como secretaria.

Varias tardes acudió a la antigua taberna de la esquina de la calle de la Encomienda, «Antonio Sánchez», institución desde el siglo 18, intentando encontrar allí a unos hombres que podrían ayudarla. Pero no sabía como hacerlo, y no iba a sentarse a la mesa de unos desconocidos para proponerles dinero para sacar a Vera de la celda aragonesa. Además no se podía fiar de todos, quedaban chivatos o falangistas escondidos en la ciudad.

Al cabo de cuatro días, en la taberna, mirando las fotos de las bailarinas que estaban en la pared, le vino a la mente una idea. El vino del barril que servían allí (donde se decía que había un cádaver de un soldado francés napoleones conservado en el alcohool en el sótano) la ayudó a encontrar un plan:

Conocía a la mujer de un periodista del «Sindicalista», Trini, iban ambas al mismo taller de baile. Santiago Sánchez Hernández era el nombre del redactor, era colega de Rafael Delmonte en La Tierra entre

1930 y 1935. Un joven madrileño de la clase media, cuyo padre tenía una academia de policía. Llamó a Trini para darle cita en el Retiro a las seis de la tarde el miércoles.

Se juntaron cerca de una fuente.

—Hola guapa, ¿cómo estás?

—¡Hola cariño! ¡Me hace ilusión verte, Trini, tanto tiempo! No estoy muy bien, la verdad. Necesito hablarte, necesito tu ayuda, es para solucionar algo importante.

—Díme, a ver si te puedo ayudar.

—Tú no la verdad, pero Santiago seguramente sí, te explico:

Sabes que Vera está detenida en una cárcel.

—Jolines, ¿y por qué, desde cuándo? La sospechan de algo, ¿saben lo de los monos? —añadió en voz baja.

—No, ¡qué va! Eso faltaría. Un guarro de soldado intentó violarla en un mesón aragonez, hace un mes, resulta que lo pinchó con una aguja que tenía en el pelo. ¡Crack! El tío, peor que un escarabajo en un estudio de veterinario, se vació un tanto de su sangre, pero menos mal no murió, ¡sólo se quedó con un susto, qué te voy a contar! En seguida la echaron a una celda, en una de esas cárceles asquerosas de Aragón, en medio de la nada. ¡Imáginate, ella allí!

Así lo contaba Carmen, entre humor negro y encanto. La verdad es que la secretaria era todo un personaje y si a veces podía resultar insoportable al fin y al cabo tenía algo de ingenuo.

—¿Y en qué te puedo ayudar yo? Le preguntó su amiga Trini, mujer morena de pelo azabache, típica belleza ibérica.

—Díle a Santiago que redacte un artículo, ya escribieron uno sobre ella en «La Tierra» hace unos meses, lo hizo el periodista Rafael Delmonte, seguramente te suena el nombre, tipo andaluz, muy alto. Por ahora está recuperando en Murcia, a él también lo detuvieron, pero no sé bien por qué.

Santiago tiene que decir que los soldados franquistas han encarcelado por ninguna razón a la gran Vera Paredes, hay que insistir en su fama, y que hace menos de dos meses participaba a la Gran Muestra de la moda en París con Elsa Schiaparelli. ¿Te acordarás del nombre?

¡Qué diga cómo los fascistas tratan a las mujeres! Son unos hombres que tienen cojones los periodistas, lo hará por Vera, Santiago, ¿verdad?

—¡Vaya, qué historia! Sí, no te preocupes, se lo contaré esta tarde, la vamos a sacar de este infierno no te preocupes. Es una chica muy maja, valiente, y me cae bien tu jefa sabes, una chica comprometida e inteligente, ¡y tan guapa! ¡Sabes que tienes suerte de trabajar con ella!

Se alejaron las mujeres del Rosal del Retiro para ir a tomar un

cafecito o algo parecido a un café en un bar muy cerca donde solían juntarse antes de la guerra. El sol ardía, el calor apretaba, Madrid parecía una ciudad tranquila, sólo parecía.



Santiago redactando el artículo para sacar a Vera de la celda.

Gumersindo entró con el plato de aluminio y el trozo de pan que solían dar a los presos.

—Señora, aquí tiene la cena. (En voz baja): Fuensanta es muy chiquitina, …para los vestidos. Y su color favorito es el azul. Si puede, aquí tiene mi dirección y un doble de la llave de su celda, podrá salir dentro de dos días, que no trabajaré, así no me podrán sospechar. Mientras tanto tiene que esconderla.

Con un ademán muy rápido le da un papel doblado, dentro la llave

de hierro.

—Por lo demás tendrá que huir sola, pero de noche, sólo hay dos soldados y como se aburren, juegan a los naipes bebiendo en la sala que se situa a la izquierda. Si espera las dos de la madrugada ya estarán borrachos, seguro, será fácil escaparse. Pero si que quiero los vestidos antes de mi boda —el hombre no perdía de vista sus intereses personales— y la verdad es que se la jugaba ayudándola.

—Gracias, gracias, mil gracias. Vera al recuperar la llave y el papel le apretaba las manos, se puso de rodillas. Eres un mozo de palabra y de honra, te lo juro, te enviaré lo prometido ¡Seguro!

Salió sin mirarla. Vera empezó a rascar la tierra con la cucharrilla para esconder la llave, miró el papel para aprender la dirección por si acaso. Y enterró el objeto que representaba su libertad, colocó el pie de la mesa por encima. Durmió bien, era la primera vez desde su llegada.

* * *

El artículo sobre Vera salió poco después, en la primera página. Fue bastante fácil encontrar una foto de la modista, escándalosamente guapa, del brazo de un actor de teatro famoso, Pepe Isbert. Santiago Sánchez, el periodista y amigo de Rafael desde que empezaron juntos en «La Tierra» había titulado: «No sólo intentaron molestarla sino qué también la detienen presa». La censura viendo la foto del actor y de la famosa costurera no se detuvó mucho rato en el artículo, pensando que era una referencia a una obra de teatro. ¡Y menos mal! ¡Tenían tantos artículos que leer que a veces se perdían lo principal! Resulta que Santiago Sánchez tomó riesgos escribiendo tal artículo.

El relato de la cena sangrienta en el mesón aragones y el valor de Vera para defenderse corrió por todo Madrid con la velocidad de la luz. Los nombres de los soldados incriminados y la localización de la cárcel donde se moría de miedo Vera salío en el «Sindicalista» edición del miércoles por la mañana.

No representaba para nada una buena publicidad para el bando franquista, que según lo que decían era muy atento a respetar la doctrina de la Iglesia Cristiana. El hecho de querer violar a una mujer representaba un crimen horroroso.

No tardó mucho Rafael, aunque todavía en casa del alcalde de Murcia en oír hablar del acontecimiento, de una agresión de una mujer famosa, pero sin saber que se trataba de Vera.

Claro en aquellos días de guerra civil lo que ocurría en Madrid tardaba en llegar al Sur de España. Pero otro amigo y redactor de La Tierra, Tomás Cano Ruiz, hombre cuyo valor extremo hacía que lograba pasar de Madrid a la provincia de Murcia, la Unión, de donde era originario, le contactó para contarle la historia trágica de Vera y

su detención.
Se juntaron en un bar murciano.

—Rafa, sabes que la chica que frecuentabas en Madrid, la costurera, que nos ayudó fabricando un montón de monos, está por ahora detenida en una cárcel de Cariñena, por una historia de herida contra un soldado.
—¡Qué me dices! Cano, ¿¡te equivocas!? ¿Hirió a un soldado? Ella, pero con qué y por qué?
—¡Qué no, no me equivoco! Seguro, ¡es cierto! Santiago tu colega lo ha puesto en primera página del Sindicalista el miércoles pasado, ¡y tienes que leer el artículo! No sé como ha hecho el tío para que la censura no le quite el papel. ¡Este también las tiene bien colocadas!
—¿Cuentáme, cuentáme, cómo está Vera? Díme todo lo que sabes!
—Sabes que para mi los viajes entre nuestra región y Madrid no son un problema, se reía y se le veían los dientes en un desorden encantador. Yo saltó en una caja de armas y anda, el tren de los 40 días me acerca a la Capital! —seguía riéndose—. Pues, ví a los antiguos de «La Tierra» la semana pasada en la Telefónica y resulta que Santiago sacó un papel sobre esta chica, Vera, ahora me acuerdo de su nombre.
—Si, Vera, Vera Paredes Campillo.
—Eso es, pues quería ella venir a buscarte o juntarse contigo. ¡Qué suerte tienes tú que se interese por un hombre como tú ¡un aventurero como yo sería mejor!
Resulta que un grupo de soldados la molestaron una tarde, y casi la violaron, pero la tía se defendió y le clavó no se qué en la garganta, ¡el tío sangraba como un cerdo!
—No me digas. Rafael tenía ahora los ojos bien abiertos y no encontraba las palabras, sólo repetía unos «no me digas».
Seguía el periodista con la boca abierta y ojos de plato hasta que Cano Ruiz le lanzó:
—Anda, muevetè mozo, haz algo por ella, ¿¡donde está tu honra!? Ella viene a por tí y tú te quedas aquí. Vamos.
—Si, claro, bueno, bueno, dejáme la tarde tengo que pensarlo, después de cenar te veo en el bar de Emilio «el soplete», me dirás como ir hasta allí, vale, ¡lagarto! por lo visto tu eres así, no, ¡agil como un lagarto! ¡Te veo luego, Tomás! Salío Rafael de la taberna, preocupado, pero aliviado por tener a un amigo como él.

EL PLAN

Cinco horas más tarde. En el bar ruidoso de Cartagena. Divisa Rafael a Tomás, cerca del bar. Dos chicas estaban intentando seducirlo, una rubia de botella y una morenita de pelo corto, estilo Betty Boop. Parecían dos gallinas que se partían una manzana o un trozo de pan. Tomás seguía bebiendo su carajillo, bebida de hombre del Sur de España, hecha con café y el típico vino casero del barril. De vez en cuando se giraba para hablar con una de ellas, pero se veía que no respondía a los besos en el cuello que le daban las chicas, y de lejos se veía que el hombre no iba a acabar la noche con una de ellas, tenía asuntos más importantes que gestionar por ahora, como salvar a unos amigos. Cuando vió a Rafa acabo de un tirón su vaso, dejando a las dos chicas solas en el bar, refunfuñando.

Se acercó a su amigo y se sentaron a una mesa.

—¿Hasta dónde me lleva el tren de la vía Negrín? Le dijó Rafa.

—Mira, en esta parte va de Torrejón de Ardoz y lo puedes cojer hasta Tarrancón, ida y vuelta. Sacó de su chaqueta un mapa, realizado con un boli negro, las cruces negras señalaban las paradas del tren.

—Ahí tienes los tuneles y las paradas. Mejor bajar aquí si puedes. Ten cuidado, sólo tienes unos segundos para bajar, y viaja ligero de equipaje.

—¿Y luego me esperará un coche? ¿Cómo voy a reconocer a tu amigo?

—Sí, seguro, no te preocupes, lo tienes apuntado todo aquí, su descripción, el lugar, lo he arreglado todo, no te preocupes. Los hay por allí que no me pueden negar un servicio. Sólo necesito saber a que hora te tienen que esperar. Les salvé la vida el año pasado, ¡nada menos! Luego te llevarán a una granja arruinada, en el monte entre Cariñena y Alcañiz. El sitio es seguro, frío por la noche, pero seguro. Cuidado con el fuego de leña, te pueden ver desde lejos. Tienes que buscar después una manera de sacarla de allí, pero será facil, con el artículo del «Sindicalista» te la van a entregar facilmente, no quieren historias, les da una mala fama el asunto.

—Vale, vale piensas que…

Le interrumpe Ruiz Cano.

—Bueno, Rafa, ¿qué? te cortaron los cojones en la cárcel ¿o qué? Eras más valiente antes. ¡Ánimate hombre! no vas a dejar que se pudra allí esta chica, o que se marchite. Eh, me la prestarás después — le añadió guiñando.

Tomás soltó una carcajada que pocos se atrevían a soltar en aquellos tiempos tan tristes. Pero él tenía razón, la vida seguía igual, y cada día

de sol y de libertad era un día de plena vida.
Se despidió el periodista pistolero de Rafael vaciendo su vaso de vino. Otros asuntos, más peligrosos le esperaban. Rafa se quedo un rato sólo pensando y tratando de imaginar a Vera en aquel lugar horrible, peor para una criatura con una piel tan finita.
Pensaba que la solidaridad entre redactores e sindicalistas se parecía a la solidaridad de los soldados. Hermanos de armas. Defensa de la libertad de expresión. Gracias a él podría pronto reunirse con Vera.
Las dos chicas del bar estaban ahora con dos marineros. Divisó Rafa que no solían tener esa actividad, porque no parecían muy animadas de repente, es verdad que las intensiones de los marineros eran muy claras: pasar la noche con ellas. Los dos chiquillos que jugaban en el suelo con dos o tres dominos eran seguramente los suyos. Parecían dos lazarillos, hambrientos. Rafa entendió que las madres no tenían más remedio. Vender su cuerpo para poder mantener a los hijos, sacrificarse, para no pedir limosna directamente delante de la iglesia. Rafa se preguntó, siendo una mujer, cuál sería peor? Lejos de juzgarlas, salió del bar, con un sentimiento de tristeza anduvo por la calle principal de Cartagena, bajo la lluvia que empezaba a caer y que apenas cambiaba la sensación de alegría de las fachadas de colores rojas y amarillas.
Esa ciudad, antigua, era un puerto abierto sobre el mediterraneo. Estar allí en una situación de guerra civil parecía más oportuno que vivir en una ciudad de Castilla. Desde Cartagena, pagando algún pescador uno se podía escapar o exiliarse en otro país, o subir en un barco lleno de marineros. Representaba una puerta de salida, un escape, y una sensación de alivio para los ciudadanos.
Rafa, subió a la primera planta del antiguo Casino, edificio precioso creado en 1836. Al ser periodista tenía sus entradas en muchos sitios. El gran comedor era muy lujoso, lleno de pinturas del siglo 18, y de esculturas, olía a madera, se mezclaba el estilo roccoco y mudéjar. El techo era hecho de estuco, habían unos azulejos preciosos en las paredes, con tonos azules y oro. Unos viejecitos jorobados jugaban con dominos, tosiendo. Otros socios más jovenes fumaban cigarrillos y comentaban la prensa del día. Parecían ellos menos angustiados por los acontecimientos que los otros fuera de este lugar, fuera de tiempo. Los cuatro ancianos parecían pelearse. Uno de ellos estaba apostando la mina de plata de su tarabuelo, en la parte de la Unión, otro a su lado le decía que no apostara tanto, que pensara en sus catorce nietos, que representaba mucho dinero, pero él otro le contestó que llegado a los 88 hacía lo que le daba la gana. La partida se anunciaba interesante y Rafa se permitió decir: ¡ofresco el café al ganador!

Rafael se instaló en un sillón, para descansar, pidió un café y un

felipe, especialidad de Cartagena, hecho con cabellos de angel y pasta de hojaldre. Sacó de su chaqueta la cartera para colocar el mapa de Tomás con el recorrido de la vía Negrín. Sacó también para mirarla la foto de Vera, con la dedicatoria: «Para mi oso madrileño, con todo mi amor, Vera. 1/10/36». Se detuvo en cada detalle del rostro de la chica: La mirada intensa de la modista, su boca carmin, sus melenas pelirrojas y onduladas. Tenía aquella chica todo lo que buscaba Rafael: la belleza, la inteligencia y el mismo sentido del humor que él, y mucho más. Acarició con la pulpa del dedo la pequeña fotografía y le pareció acariciar los conturnos de la cara de la chica, sintiendo la piel, como seda, y las curvas de la nariz y de las mejillas.

Colocó de nuevo la foto en la cartera, al lado de un lazo color de rosa que le había dado la modista la primera tarde que hicieron el amor, y se promitió que la próxima vez que la sacaría para mirarla sería con Vera a su lado.

Acabo el café, y la merienda, mesurando la suerte que tenía de poder acceder a aquel Casino, por su papel de periodista y por el dinero que llevaba. Aquella pausa le sentaba bien, miró las obras de la sala, el maravilloso trabajo del artista Salzillo, escultor murciano del siglo 18, con un Cristo de madera, en brazos de la Virgen María. Parecía la obra tan realista, la piel, los colores, aquel artista transformaba la madera en pura emoción, los rostros parecían de carne y hueso. Salió Rafael del lugar un tan emocionado por aquel momento de belleza y de poesía.

En el alboroto que hacían los viejecitos el periodista entendió que por fin la mina de plata de la Unión había cambiado de propietario. Salió con una sonrisa en la cara, se vió en el escaparate del restaurante de enfrente y fue sorprendido por su imagen. Hacía tanto tiempo que no se veía así sonreir.



Rafael Delmonte

CELDA ARAGONESA

Hacía dos días que la llave esperaba bajo el barro negro de la celda. Ya era hora de sacarla. El tiempo parecía estirarse. Vera oía a los soldados ruidosos reírse. Lo que Gumersindo le había dicho era cierto, estaban jugando a los naípes. Y seguramente bebían a la vez, demasiado, esperaba Vera. Sentada en la cama en la oscuridad, oía la charla de los hombres, había dormido por la tarde para guardar el control de la situación y alejar el cansancio. Necesitaba centrarse y guardar todas sus fuerzas, por si tenía que luchar. Por ahora el plan parecía desarrollarse como lo había imaginado, mil veces los días pasados. A cada comida se había apartado un trozo de pan, y tenía como seis o siete trozitos y una manzana en un trapo que se había atado a la cintura. Por si tenía que esconderse un día o dos fuera, en un rinconcito. A partir del momento en que iba a huir de la celda su estatuto iba a empeorar, pasando de presa a fugitiva.

Su reloj se había roto, al caerse al suelo, seguramente cuando le dieron una bofetada en el despacho del comandante. Pero según la luna que veía Vera en el cielo era entre la una y las dos de la madrugada. Su padre le había enseñado a leer la hora con la luna, según el recorrido que hacía en el cielo, lo hacían de noche cuando iban juntos a pescar en el Mar Menor con luces azules. No pensaba un día usarlo para salvarse la vida.

Rascó con las uñas la tierra, sacó la llave y el papel doblado que colocó en su sujetador de terciopelo rosa, el cual se manchó enseguida. Pusó la llave en la cerradura, le dió hacia la derecha, despacito, muy despacito, hasta oir un pequeño ruido de «clic, clic», y se abrió la reja. Lentamente la empujó, justo para pasar, no mucho, ya que estaba ahora muy delgada, y la cerró, sin hacer ruido. Había puesto el colchón para hacer creer que dormía, como lo había visto en una película, quitó la llave de la cerradura por si era la misma llave que abría la puerta de fuera y, de puntillas, se marchó con un paso muy ligero en el pasillo. Pasó delante de dos o tres celdas, menos más sus vecinos dormían y roncaban. Vió una puerta de madera, que le parecía dar a la calle, la cual no resistió cuando la abrió, lentamente y suavemente. El gatito negro, que seguramente estaba tumbado contra la puerta gritó por la molestia y huyó en otra callejuela. Hacía tres semanas que intentaba llamarmo Vera, y la verdad es que le hubiera gustado acariciarle para despedirse de él, pero la situación no le permitía ponerse tierna.

Aquella cárcel no era muy grande por lo visto y muy mal vigilada. Fue sorprendida cuando salió a la calle. El aire fresco en la cara la

espaviló, se sentía vivir de nuevo. Realmente no sabía donde ir, se quitó los zapatos para no despertar a alguien corriendo en el pavimento de las callejuelas. Sólo los gatos se paseaban, unos ladridos de perro la asustaron. Luego corrió en medio del campo, corrió así una hora, tropezando a veces, y al llegar a un bosque con encinas y chopos se tumbó entre los árboles, y se cayó de sueño y de cansancio.

Al cabo de una hora un ruido la despertó. Serían las cuatro de la madrugada y el sol no había salido todavía. Tenía realmente frío, y miedo, pero estaba libre.

El ruido era un tanto extraño, sobre todo en el medio de la nada y a esa hora. Era un ruido más bien de la ciudad, no del campo, y se acercaba. Pronto se dió cuenta de que oía el ruido de una bicicleta, de esas viejas bicicletas, con una rueda un tanto estropeada. Se arrodilló, procurando no hacer ruido, e intentó mirar desde su escondite entre las hojas y las encinas.

Sus ojos la traicionaban, un hombre sobre una bici, a esa hora, en el campo, pero sobre todo con la estatura de Rafael. Parecía pasearse, iba lentamente. Se paraba, empujaba la bici, volvía a subir. Vera miraba con detenimiento, el traje que llevaba no le decía nada pero en la oscuridad los colores suelen cambiar.

Lo miraba y su corazón latía más fuerte, lo iba a traicionar. Si salía de entre los árboles y no era él, iba a echarse en la boca del lobo, pero si era él, …sin pensarlo más, salió.

—Rafa, Rafa… ¿eres tú?

—El se dió la vuelta, casi se iba a caer de la bicicleta, boquiabierta, tartamudeó.

—¡Ve… Vera,Vera!

Con un ademán brusco, dejó caer al suelo la bici, y corrió hacia ella.

El abrazo duró unos minutos. Era realmente algo surrealista. Casi la sublevaba de tierra.

Rafa, que acababa de llegar a la granja, vacia, y arruinada, había encontrado una vieja bicicleta que arregló para acercarse a Cariñena y ver donde estaba la cárcel.

Vera lloraba, Rafa la besaba en la cara, los labios empapados de lágrimas.

Se miraban a los ojos.

—Vente cariño, ven conmigo, ¡tuve tanto miedo, miedo de perderte!, estás helada, necesitas beber algo caliente, ven y cuéntame lo todo, y sobre todo como lograste escaparte.

Sube detrás de la bici, nos vamos a esconder en una granja al lado. Te voy a cuidar, el infierno se acaba, pobrecita.

Lo cogía en brazos, su calor la reconfortaba, sentía su barriguita caliente y rezaba entre sus dientes «gracias, gracias, gracias por eso».

No hablaba a Dios, no, sino a sus padres desaparecidos y mientras iban en la bicicleta, miraba al cielo, y buscaba entre las estrellas el rostro sonriente de su padre. El encuentro providencial era su obra, estaba Vera segura de que era el hecho de su padre. Seguía con sus creyencias mágicas.

Entraron en la granja derrumbada, una parte del techo estaba destruido, se veía el cielo desde la habitación y el frío entraba. Un frío aragonés, azotado el campo por los vientos, que no encuentran colinas ni montes en esa parte para cortar su carrera. Desplazaron la cama en el comedor, delante de la chimenea. Vera se dirigió en seguida al baño y con alivio constató que corría el agua del grifo. Sólo podía ducharse una vez por semana en la cárcel. Sentía el agua correr en su piel y lavarla de aquellas últimas semanas de terror le sentía bien. El agua estaba fría, pero no le importaba. Su cuerpo había cambiado, sentía sobresalir las caderas y al verse en el espejo no se reconoció. Sólo su pelo pelirrojo, con las melenas rizadas conservaba algo de burgues, de lujoso. Encontró en el armario por encima del lavabo un fondo de perfume «Embrujo de Sevilla», el perfume que solía ponerse su mamá y una crema suavisante que parecía nueva. Pensó en su propietaria. ¿Quién vivía allí? ¿Qué le había pasado? Esperaba que estaba la dueña feliz en otro país, pero probablemente su cuerpo estaba escondido en una fosa común del pueblo vecino. Vera, se quitó de la mente aquel último pensamiento que la aterrorizaba y prefirió fijarse en el olor del perfume que le remitía a su infancia y a su mamá. Sus ideas terribles se desvanecieron del todo al percibir la mirada cariñosa de Rafael en el espejo. Hacía algunos minutos que la contemplaba y al sonreirle, Vera se dió la vuelta y lo besó apasionadamente. Desnuda, no sentía el frío, sólo sentía el calorcito subir y las ganas de ir más allá con su amante.

Hicieron el amor, como nunca lo habían hecho, los ojos húmedos, hundidos en los del otro, sin hablar, como si fuera la última vez. No existía nada alrededor, ni el frío, ni la guerra fratricida, ni los reproches por los meses de silencio.

Vera se abandonó, sin pudor, a los deseos de Rafa, su cuerpo ya no le pertenecía, era su cosa, su objeto de deseo, y quería entregarse a él, que sea mentalmente o fisicamente.

Después del abandono lograron encontrar sueño, dos horas o tres, no más, bastante para reparar un poco los cuerpos y la mente. Enredados los dos, fusionados, intentando gozar del momento.

Amaneció y el frío les despertó. Vera abrió los ojos, un rayo de sol atravesaba el techo e iluminaba las sábanas. Pensó que a pesar de lo tenso que era su situación acababa de vivir una noche inolvidable, de pasión, de amor verdadero. Rafa la tapó bien con las sábanas y la

manta, como si fuera una niña y le dijó en voz baja:

—Quédate aquí, voy a buscarte algo que comer. Puse ayer algo para cazar un conejo, o otra cosa, hay una cantidad de animalitos que podemos comer en estos campos. Ya vuelvo. No te muevas cariño, no hagas ruido tampoco, no quiero perderte más, volveré dentro de poco.

No tardó Rafael en aparecer de nuevo en la granja, se asustó un tanto Vera con el ruido que hizo al entrar, pero su miedo desapareció al verle sonriente con un conejillo atado con un alambre en la mano, menos mal lo había matado antes.

—¡Aquí tienes el desayuno, guapa! Sólo le tengo que quitar «el abrigo». ¿Te acuerdas del conejillo al tomillo que comimos la última noche vieja? Ya sé que falta champan pero ¡algo es algo!

—Lo malo es que vamos a hacer otro fuego, espero que no vamos a llamar la atención, le constestó Vera un tanto inquieta.

Al cabo de una hora pudieron comer el conejo asado y escarbando en la cocina encontraron una caja de metal roja con un gatito blanco dibujado con unas galletas dentro. Aunque duras se acomodaron con la marmelada casera encontrada también debajo de la pila.

Se delectaron de esa comida que les parecía un banquete de fiesta. Mientras comían y se comían con los ojos, establecieron un plan para marcharse.

—Bueno, escúchame bien: tienes que cambiarte. Coge ropa de hombre, un pantalón o una falda que te abrigue más que la que llevas, tienes que cojer algo para protegerte las piernas, vamos a andar, bastante, y tener que escondernos. Mira en la estantería, seguro que dejarón todo los desgraciados que vivían aquí.

—Coge también una mochila, y pon dentro lo necesario, cuchillos, agua, maroma y un jersey de cambio, el resto de galletas también. Dentro de una hora nos iremos de aquí.

Vera lo escuchaba atentamente, se sentía protegida, sólo quería actuar, obedecer, se sentía débil y necesitaba a un hombre de pelo en pecho. Era como una nena, lo que no era cosa habitual y siempre le contestaba con un «sí, sí» casi infántil. Era curioso como esta chica podía ser manda más o todo lo contrario, según la situación.

Se marcharon cuando el sol estaba al zénit. Tenían que atravesar los campos de Castilla, sin llamar la atención, oyendo a lo lejos el alboroto de las batallas. El plan era recuperar el tren de los 40 días para bajar hacia el Sur y llegar hasta la zona de Valencia, zona todavía controlada por los Republicanos. Saltar dentro del convoy y viajar, agachados al lado de las cajas de madera de armas. Todo estaba previsto, Rafa tenía permiso por eso, una especie de salvo conducto, firmado por su amigo Tomás Cano Ruiz y sabían los que le esperaban que estaría él acompañado de una señora.

Al cabo de tres horas de marcha, Vera ya no podía más. No estaba acostumbrada a andar con zapatos tan rígidos. Podía correr con facilidad con tacones en el pavimento de Madrid o París, pero le resultaba díficil avanzar con esos zapatos de piel que a cada paso se llenaban de barro humédo, pesando cada vez más. Los que llevaba no eran de su talla lo que complicaba la marcha. Aguantó lo más posible sin quejarse.

—Rafa, no puedo más, lo siento, necesito parar un poco y descansar, no logro andar, mira, se hunden las botas en el lodo.

—Si cariño mío, pero tenemos que coincidir a las 10 de la tarde con el tren de la vía Negrín. No tendremos otra opción para ir hacia el Sur. Y nos queda mucho camino que recorrer. Nos paramos ahora si quieres, un ratín, pero lo siento, no más de un cuarto de hora.

Mientras acababa sus palabras, se oyó un ruido muy cerca de ramas que crujían bajo el paso de un hombre. Rafa la cojió de la mano añadiendo en voz baja.

—Cielo, no tenemos otra opción te voy a ayudar pero vamos a correr.

Apenas acabada su frase Vera sintió el impulso del periodista, salieron del bosque de repente y se pusieron a correr. El ruido de las ramas se hizo más presente seguido por un grito de hombre, con una voz ronca.

«¡A PARAR! ¿A dónde van? ¡Levantan las manos o disparo!».

Estaba claro, el hombre era un soldado falangista. Corriendo Rafa sacó de su bolsa el revolver que Tomás le había dado. Menos mal lo tenía cargado, quitó en un pis pas la seguridad y siguiendo corriendo miró por detrás. Vió al falagista con el arma en la mano, pantalón y bragas bajados en los tobillos. Esa postura bastante sorprendente dió confianza a Rafa, que no vaciló e disparó, antes de recibir una bala por su parte. El soldado se agachó para evitar el proyectil. Vera seguía corriendo, asustada, mil pensamientos le atravesían la mente, sobre todo veía la imagen de su padre, que le repetía a la oreja, «corre mi Vera, corre te ayudo, corre, estoy contigo». Las lágrimas resbalaban en sus mejillas rojas por el esfuerzo y el frío.

El soldado fascista que por lo visto asustaron mientras estaba descargando en el bosque no insistió mucho, seguramente no le apetecía mucho correr, o no podía, sobre todo no le apetecía tomar una bala y dejar su cuerpo sin vida pantalón bajado y casi desnudo.

El riezgo era que viniera después a buscarlos con sus colegas. Todas esas hipotesis dependían de su estado de espíritu: contar a los demás su acontecimiento un tanto ridículo o callarse para guardar su honra intacta.

Corrieron así durante media hora. Vera veía sus fuerzas quitar su cuerpo, corría como un automata, la garganta seca y ardiente. Cuando

decidió parar un poco, tropezó en una piedra, se cayó en la rama de un árbol que se había caído durante la tormenta de la semana anterior. El dolor y el ruido fueron simultáneos. Rafa alertado por aquel ruido de hueso quebrado se dió la vuelta enseguida, sintió la mano de Vera abrirse y escurrirse como un cuerpo que abandona la batalla. Una sensación de humedad, caliente, inundió el interior del muslo derecho de Vera, y algunos segundos después el pantalón verde se tiñó con una mancha oscura que progresaba.

—¡No te muevas cariño! Te voy a ayudar, le gritó Rafael.

—Argh. Tienes un trozo de rama en el muslo, pero menos mal, no está colocado en la arteria. ¡No te muevas!

—¿¡Por Dios, Rafa!? ¡Ayúdame!

Sus ojos verdes parecían ser los de una cierva herida; húmedos, suplicantes.

—Cariño, sí te voy a ayudar. no te muevas

—Déjame aquí, te voy a estorbar, mira, se para aquí la juerga para mí, van a llegar los soldados, me echaran otra vez allí en la celda. Escápate. Para mi ya es demasiado tarde…

Vera lloraba ahora.

—Mírame, ¡mírame Vera Paredes!

Con un tono autoritario ahora.

—¡Mírame a los ojos te digo! No he llegado hasta aquí para abandonarte. ¡Me oyes! ¡Es imposible! o nos vamos los dos o nos cojen a ambos. Pero no te abandono, es imposible, ¡me oyes!

Mientras la miraba, Rafa cogió la rama que salía de la pierna de cuatro o cinco centimetros y con un ademán brusco, se la quitó de su sitio. Sabía Rafa que corría el riesgo de empeorar la herida pero menos mal ninguna espereza en la madera le impedía quitarlo, la operación se hizo a lo bruto pero como si quitara una cucharilla en un trozo de mantequilla. Sacó del bolsillo un pañuelo blanco, como él que hizo que se volvieron a ver en el mitin de la UGT un año y medio antes. Vera ni se enteró, con el dolor casi se había desmayado, sacó también el periodista un frasco con aguardiente que le echó enseguida en la herida. Le tapó la boca para que le grito fuera más discreto añadiendo:

—Lo siento, cariño, lo siento. La dejó algunos segundos recuperar un tanto, algo como dos o tres minutos, no más.

—Intenta levantarte mi amor. Te voy a ayudar, sino te cojo en brazos, tenemos que marcharnos ahora, lo siento. No podemos perder el tren, es nuestro único recurso.

Cogió Rafa otro palo, más grande para que le sirviera de muleta y se pusieron en marcha los dos. Temía que el hueso de la pierna fuera quebrado también, pero Vera logró ponerse de pie. Tenía las manos empapadas de sangre, de tierra, de pedazos de hojas. Intentó limpiarse

con la tela del pantalón.

El soldado no había avisado a sus colegas, se alejaban los tiroteos y a pesar del dolor, y al cabo de media hora, Vera se veía más tranquila, agotada, sufriendo, pero menos angustiada. Realizaba Rafael ahora que hubieran podido recibir una bala, y acabar en el bosque, agonizando los dos.

Necesitaban tres horas de marcha para llegar al punto de encuentro. Tomás Cano le había dicho que se escondieran al lado del tunel a las 10 en punto. Sólo Dios sabía si podrían llegar. Para ayudar a Vera Rafa, de vez en cuando la llevaba en brazos sobre algunos metros, lo que la aliviaba. El pantalón verde estaba ahora completamente manchado, pero Vera intentaba no quejarse, y perdía mucha sangre. Era seguro que necesitaba al menos tres o cuatro puntos, y con una vocecita de niña le susuró a la oreja.

—Ya no me vas a querer más si me quedo con una cicatriz en la pierna.

—No seas tonta, cielo. Te tengo en la piel, tuerta, coja, te querré igual. Seguirás valiente, y guapa mi amor.

La proximidad de los amantes aumentaba a cada minuto. Los acontecimientos dramáticos que se acumulaban y que vivían juntos hacían que se sentían más cerca todavía. Sólo se oía una sola respiración, el destino les unía, como si fuera un sólo ser que huía a través del llano y los bosques de Castilla. Un animal herido huyendo de la crueldad humana, de la locura humana, que tortura, destruye, mata porque unos hombres no comparten las mismas ideas.

Los últimos kilometros fueron como si el infierno se hubieran caído en estas tierras ibéricas. Vera semi consciente, febril, empezaba a delirar. Rafa la llevaba en brazos, y andaba. Sin su objetivo de tiempo y de lugar preciso no hubiera encontrado la fuerza de llevarla. Sabía que el esfuerzo iba a parar a las 10, en punto. Esa hora representaba su salvación, y la de Vera. Pensaba en su amigo del periódico «La Tierra», Angel de Guzmán, que asesinaron en la calle, tan joven, sacándole de su coche. Pensaba en él, muy deportista, porque le gustaban las carreras, y ganaba muchas, cuando representaba el club deportivo del periódico, entre el 32 y el 35. Y pensaba el redactor: «voy a llegar a tiempo, para ella, para él, para su honra, para celebrar su memoria. No tengo derecho de fracasar». Veía su sonrisa y rostro, apenas despeiñado después del esfuerzo y se acordaba de las copas que bebían juntos en los cafes de Madrid, como el bar Chicote. Todo se mezclaba en su mente, los recuerdos, la esperanza el miedo y la rabia.

El tren de la vía Negrín, no se anunció, claro, porque viajaba en toda discreción, pero llegó a las 10 en punto. Se paró justo después de

un tunel, o más bien una trinchera estrecha, marcada en el mapa de Tomás Cano por una cruz negra. Rafa había llegado cinco minutos antes, había instalado a Vera contra un roble, él estaba a su lado, el brazo izquierdo colocado para sostenerle el cuello, acariciándole la mejilla roja y ardiente de fiebre, y le repetía:

—Hemos llegado cariño, hemos llegado, puedes descansar ahora, estoy aquí contigo, no te voy a dejar.

La tumbaron entre las cajas de armas y algunas cajas de comida, tapada con una manta color marron. Al aire libre. Rafa se colocó en un rinconcito a su lado, como pudo. El frío y el viento la sacaba de su torpeza y del delirio, veía desfilar las estrellas y en varias ocasiones pensó que se había muerto y que llegaba al cielo. Casi hubiera preferido, pero la herida le dolía y se acordaba de los acontecimientos del día. El convoy se paró en Belinchón y llegó a Tarancón a las tres de la madrugada. El tren construido por la Républica, por Juan Negrin Lopez, era un cordón que permitía traer armas, viviendas y a veces gente.

Rafa y Vera no eran los únicos viajeros del convoy de las 10 del tren repubicano. Una joven, algo como 20 años, lo miraba con un aire asustado desde hacía media hora, estaba comiendo una naranja ofrecida por el chófer del tren. Tenía unos ojos azules muy grandes y el pelo color azabache. Una melena le tapaba la cara. Con una mano acariciaba el cabello de un mozo de apenas cuatro años. Era tan joven que el crío no podía ser el suyo, y también tenía él el pelo tan rubio que seguramente no le había dado luz.

Rafa, con una mirada triste y cansada, la invitó a hablar.

La jovencita lo comprendió y le dijo para explicarse.

—No es el mío, quiero decir, el nene, no es mío, bueno, es huérfano, el pobre.

Lo voy a cuidar, como si fuera el mío.

Miró al crío y se aseguró de que estaba durmiendo, a pesar del ruido que hacía el tren.

—Trabajaba en la escuela donde iba —siguió la joven—. Ayudaba al maestro, un hombre sabio, un anarquista. Hace tres días vinieron los franquistas y lo mataron delante de algunos alumnos, con golpes en la cabeza. Fue horroroso. La madre de Iván quiso interponerse, la mataron también con una pistola, ya le habían matado al marido, por rebeldía decían, porque era masón.

Así que el pobre Iván, ahora se queda huérfano.

Rafael seguía escuchándola, vigilando al pequeño y asegurándose de que seguía durmiendo.

A su mamá la quería mucho, me traía queso, porque tenía cabritas. Yo no pude dejar al crío así, sin familia. Ya sé lo duro que es de no tener familia.

—Así que se lo he llevado conmigo, pero —la chica buscaba el asentimiento de Rafa— no es un robo, ¿verdad?

—Si lo cuido bien, ¿no es un robo?

Rafa le sonrío, y le contestó:

—No, no te preocupes, no es un robo. Cuídalo bien como si fueras tú la madre, dále amor, pobrecito.

A partir de ahora, no hables más de esa terrible historia, intenta olvidarla, y coje tú el papel de la madre.

La jovencita pareció más animada. Seguía acariciendo al pequeño. Sonrió a Rafa y sólo le contestó.

—Gracias, señor, en un suspiro de alivio.

Rafa detuvó la mirada. ¿Cuántas historias tristes se estaban jugando en este país antes tan alegre? ¿Cuántos niños iban a ser desterrados, huérfanos, hambrientos y agonizando bajo las ruinas de su casa?

La guerra de los adultos machacan a toda una generación. Los adultos se pelean por intereses, tierras e ideas. Pero los que más sufren son los niños. Sufren en sus primeros años y luego a pesar de las trevias o de un acuerdo de paz sufren en su mente, su cabeza, a largo de sus vidas destruídas, desarrollando toda una serie de traumas. Rafael Delmonte sintió como un gran suspiro que no pudo reprimir, miraba a lo lejos, en la oscuridad divisaba montes y encinares. La vista se turbió y sintió que necesitaba dejar las lágrimas salir.

AYUDA EN LA CRUZ ROJA

Al bajar del tren había mucho más gente. Era de día, el sol brillaba. Un grupo de jovencitos estaban pidiendo naranjas, el chófer desde la locomotiva las tiraba por la ventana. Además de representar para ellos un juego al cojer los frutos al vuelo, lograban recuperar la ración de comida del día. Cuando se agotó la caja de naranja, empezó a tirar unos trozitos de pan que cambiaron el tono de los gritos de los chiquillos que pedían limosna.

Una pareja ayudó a Rafa a bajar a Vera del coche, cogiéndola debajo de los brazos y por las piernas.

El puesto de enfermería estaba muy cerca. Dos enfermeras muy joven llegaron en seguida. Cada día el tren traía a algunos enfermos o heridos.

—Vamos a ponerla ahí, detrás de la cortina —le miró en seguida la herida—. No se preocupe Señor, su esposa no va a morirse por eso, es bastante superficial, desgraciadamente solemos ver mucho peor. Le dijó la joven de la Cruz Roja que apenas parecía salir de la escuela.

—No es mi esposa —dijo Rafa en voz baja—, bueno, por ahora.

Vera, que parecía muy cansada lo oyó, y lo miró con una sonrisa tierna, como no podía hablar por el extremo cansancio que sentía, levantó la mano, sangrienta y le rozó la suya con las yemas de los dedos.

Rafa sintió en aquel momento como un asentimiento, una respuesta positiva a su cuestionamiento en cuanto al porvenir de su pareja. Como una ola de calor le atravesó el cuerpo, y tuvo la sensación de recuperar fuerzas como si saliera de un banquete. Sensación ya olvidada desde hacía meses.

La joven de la Cruz Roja le recomendó que se apartara un rato.

—Por favor señor, la vamos a curar ahora, quitarle la ropa, y limpiar esa herida antes que se ponga más fea. Seguramente le haremos unos puntos.

Váyase a descansar un rato, será mejor para usted y no nos puede ayudar por ahora. Vuelva en unas horas a verla. ¡Anda ánimo! Un poco de descanso le sentará bien. El mesón allí arriba recoge a todos los viajeros del tren de los 40 días, se situa 22 calle de la Libertad. El dueño es mi tío Paco, entra y se presenta de mi parte, me llamo Encarna.

Rafa cansadísimo se alejó. La tensión de las últimas horas le caía ahora en los hombros. Necesitaba ir a por algo que comer, necesitaba pensar en como podrían seguir hasta el Sur. Se dirigió hacia la oficina de correos y telégrafos para enviar un telegrama a su amigo Tomás

Cano, en Cartagena, y ver como podía ayudarle a llegar hasta Los Alcázares, donde sabía que había unos aviones militares y algunos civiles que salían de la base del Carmolí, en frente del Mar Menor. La solidaridad entre redactores era algo muy fuerte. Todos eran hombres comprometidos, hombres de valores, y si las ideas no eran siempre las mismas, los periodistas anarquistas, comunistas y socialistas se llevaban bien, y matizaban sus convicciones para formar un bando sólido y fraternal de colegas.

El telegrama a destinación de Tomás, corto, y sintético era una pedida de ayuda: «Estamos a salvo, acabamos de bajar del tren, nos juntaremos lo más pronto posible, necesitamos seguir el viaje. Rafael».

Encontró facilmente el mesón calle de la Libertad. Una bandera de la République flotaba justo al lado del cartel «mesón Paco Ginete». Entró Rafa, y enfrente de la recepción notó un pequeño altar con dos fotos de soldados republicanos, flores secas y una vela. Como el recepcionista vió que Rafael tenía la mirada hacia arriba le dijo al entrar:

—Enrique y Pepe, dos años de diferencia, pero perdieron la vida el mismo día. Se fueron mano en la mano al paraíso. Mis queridos hijos. Mi vida se acabó aquel día, sólo sobrevivo para poder matar a un máximo de esos gilipollas de franquistas, ¿qué necesita, una habitación simple? —añadió Don Paco en la misma frase.

Rafa vaciló un poco perturbado por lo que acaba de decirle aquel pobre hombre sobre sus dos hijos.

—Ehh… no perdona, más bien una habitación doble, mi pareja está ahora en la Cruz Roja, le atiende su sobrina Encarna.

—Esa chica es un cielo, menos mal que la tengo. Trabaja allí y por la tarde viene a ayudarme en el mesón. ¡Qué Dios, si existe, la guarde en vida muchos años! Merece tener una vida alegre esta pequeña. Pero tal como van las cosas, no sé si la nueva generación puede esperar tener una vida alegre un día de estos.

—Lo siento un montón señor por sus hijos. Vamos a seguir el combate para alabar su memoria. Yo lucho con las palabras, soy periodista, mi papel es denunciar los horrores de la guerra.

—Pues si usted es periodista, ¡qué cuente al mundo lo valientes que fueron mis hijos! Me contaron que se murieron intentando salvar a dos críos en una casa en llamas. El fuego encendido por falangistas, al salir del infierno estaban entregando las criaturas a una moza, recibieron balas de los franquistas en la espalda. Lo único que me da consuelo es que los bebes sobrevivieron. Sí, ¡cuéntale usted a todos! ¡Qué esa puta guerra mata a los más valientes!

—Entiendo —Rafa le puso la mano sobre la suya—. En cuanto puedo, escribiré algo sobre sus hijos.

—Gracias —contestó el recepcionista bajando el tono de la voz, en

un instante, la luz de sus ojos desapareció, le entregó la llave de la habitación y desapareció en el trastero, la cabeza bajada, como si fuera un fanstasma.

Rafael subió al tercer piso, fumó un cigarrillo, se tumbó en la cama, agotado.



Enrique y Pepe Ginete, fallecidos en Teruel.

Al amanecer, Rafael decidió redactar un artículo sobre los hermanos fallecidos. El hecho de haber pasado la noche en la casa donde vivían de pequeño le había perturbado un tanto. Seguramente jovencitos jugaban en los pasillos. Se levantó imaginándolos, casi oyéndolos en las habitaciones contiguas, y pensó el redactor que quizás sus fantasmas vivían ahora en el hotel. La idea del artículo se hacía más presente en su mente y decidió comentárselo al señor Ginete durante el desayuno. De todas formas no podía hacer nada sino esperar a que se curara Vera y recuperara fuerzas en el puesto de la Cruz Roja.

La entrevista con Paco se hizo de manera muy natural, el viejo se sintió enfrente del periodista con su cara cansada y su mirada vacía y mientras le servía tasas de cafe cada vez que Rafael la acababa, se puso a contarle la juventud de sus queridos hijos.

Sólo necesitaba Rafael redactar por teléfono el artículo a sus colegas del diario de Valencia «Adelante» para cumplir con su promesa. Salió dos días luego este artículo:

LOS «GINETE» SE FUERON JUNTOS, GALOPANDO HACIA EL CIELO

Enrique y Pepe Ginete de 25 y 23 años cayeron juntos en un pueblo cerca Albarracín. Cada uno de los dos tenía un porvenir prometedor. El mayor acababa la carrera de médico en la Universidad de Valencia y el menor, Pepe, acababa la licenciatura de derecho en la misma Universidad, y quería después ser abogado. Al estallar la guerra quisieron ambos tomar las armas, hubieron podido seguir con los estudios, pero era necesario para ellos pasar por las armas y participar a los combates junto a los amigos del colegio. Al cabo de 3 meses de incorporación llegaron el 6 de septiembre con el batallón 35 cerca del frente en una aldea donde los facciosios habían matados a todos los hombres una hora antes, acusándolos de ser rojos —Las mujeres llorando y las casas en llamas para la mayor parte de ellas—. La madre de los jemelos Urribardi murió de un infarto por el susto y el dolor de ver a su marido ejecutado en la plaza, la encontraron muerta en el suelo de la cocina, y los bébes gritando solos en las cunas, aunque casi consumidas por el fuego, Enrique y Pepe entraron en la casa para salvar a los niños. Pero, para acabar su funeste trabajo, un franquista escondido en el bosque justo enfrente, acabó con dos balas la vida de los dos héroes. Una vida dada por una vida salvada.

¿Cuántos jóvenes vamos a perder en nuestro país, cuántos que tenían tantas cosas que vivir, por el bien de España? Recordémonos de Enrique y Pepe Ginete Balboa, como representantes de todos los valientes soldados que cayeron y que no podemos alabar en estas líneas.

Rafael Delmonte
Diario ADELANTE, Valencia

Tres días pasaron, Rafael esperaba la contestación a su telegrama a destinación de Tomás Cano, y pasaba varias veces a la oficina de los correos. Vera parecía recuperar y empezaba de nuevo a sonreír y a hablar. Empezaba también a tener hambre, recuperaba el apetito, lo que era muy buena señal. El tema de la herida también parecía mejorarse.

La respuesta por telegrama no se hizo tardar mucho:

«A las 5 el 26 en la Tropical, los Alcázares. Un hidravión saldrá para Arlegia al día siguiente. Te vas a escapar de este infierno camarada. Tomás».

Rafael estaba tan contento que dejo escapar un grito y palabrotas. La joven en la taquilla de la oficina de correos lo miró con una sonrisa, últimamente solía comunicar telegramas con malas noticias. Tenía el periodista que juntarse con Vera unas horas más tarde para sacarla del puesto de la Cruz Roja. Decidió buscar y comprarle un ramo de flores a uno de esos vendedores jovencitos, como lazarillos, que vivían en la calle y que intentaban ignorar el ambiente explosivo. Encontró unas rosas rojas con jazmín de invierno. Dentro colocó un papel doblado en un sobre pequeño color verde: «Las naranjas de

Arlegia te esperan cariño mío».

Vera aunque cansada recibió la noticia, las flores y el mensaje con una sonrisa aliviada. Recuperaba colores y el aspecto que tenía en Madrid a principio de su relación con el redactor. La sacó de la Cruz Roja, agradeciendo a las chicas que hacían de enfermeras, a Encarnación, y se alojaron por la noche en la misma fonda, 22 calle de la Libertad, en Torrente.

Tenían que empezar el viaje en dirección de Cartagena dentro de dos días con un coche, prestado por otro amigo que tenía Rafael en la región, había conseguido encontrar el vehículo, pero no podía tenerlo antes, porque otra pareja lo necesitaba para ir hasta Almería.

La noche fue más tierna que las precedentes, se sentían aliviados y por lo tanto muy tristes. El redactor no quería doler a Vera, ni abrirle de nuevo la herida, no se atrevía a moverse en la cama, dejándole sitio, lo que no resultaba facil por lo grande que era el hombre. Agotados de cansancio, cayeron de sueño, boca contra boca.

Pero en tiempos de guerra los momentos de tranquilidad no duran mucho. El ayudante del receptionista del mesón tocó a la puerta a las 7 de la madrugada.

—¡Señor Delmonte, señor Delmonte, telegrama, pone urgente!

—Rafael se levantó de un salto. Y al poner los pies en el suelo, tuvo una mala impresión, algo como que iba a recibir una mala noticia. Se puso el pantalón en dos segundos, gritando:

—Ya voy, ya voy, ya estoy despierto. ¡Abro enseguida!

Abrió la puerta, dió una propina al joven y se sentó en la cama. Pisando el pie derecho de Vera y despertándola a la vez.

Era Tomás que le decía:

«Date prisa, Cartagena está cayendo, vente ahora, no puedes esperar dos días, encuentra coche ahora».

La carrera seguía, era una huida sin fin.

Despertándose Vera, le sonreía, pero viendo la mirada seria de Rafael entendió que pasaba otra vez algo grave y se asombró enseguida.

Rafael empezó a contarle, tratando de no asustarla.

—Cielo mío, vístete ahora, nos vamos hoy para el Sur, Cartagena está cayendo, la base del Carmolí será dentro de poco asediada y es nuestra única puerta de salida.

—¡Ahora mismo!

—Sí cariño, lo siento, ahora mismo.

Intenta ir al banco, la de la plaza de la Provenza como estaba previsto para esta tarde, tengo una idea para recuperar un coche.

Rafael en tres segundos elaboró un plan. Sin desayunar se marcharon, cada uno por un lado.

La gente se enteraba de la entrada inminente de las tropas

franquistas en las regiones de Valencia, Alicante y Cartagena, muchas familias intentaban huir de la zona republicana que estaba a punto de caer, abandonando su casa, y de hecho los coches en los garajes para los más ricos de entre ellos. Esa región de la provincia de Murcia era estratégica, ya que la base aeronaútica era allí. Los mejores pilotos tenían su base cerca del Mar Menor desde el principio del siglo 20 ya que el clima y los vientos eran propicios a los desplegues de los «moscas» y otros aviones de guerra. Para huir hasta Argelia tenían que pasar por allí.

Apostó que con el dinero efectivo que le quedaba encontraría seguramente un coche.

Acudió a la estación de Torrente, suburbios de la ciudad de Valencia. Como previsto una muchedumbre inquieta estaba subiendo en los trenes. Los gritos de los niños, los llantos de algunas viejecitas traducían ese ambiente de peligro inminente. Las locomotoras de vapor escupían nubes de humo. Nunca la estación construída en el año 1893 había conocido tanta actividad. La gente subía en los coches y no le importaban si fueran vagones para mercancías, lo que importaba era huir de la ciudad.

Rafa saquó de un bolsillo secreto, en el forro de su chaqueta, un sobre, ahí tenía unos cuantos billetes que guardaba por si acaso. Tener siempre efectivo resultaba necesario, lo había comprobado varias veces cuando era periodista, los billetes de banco de la República eran pequeñitos, y casi había olvidado que tenía ese dinero escondido en su chaqueta. Era hora de utilizarlos, y era probable que le iba a salvarle la vida, y la de Vera, fugitiva de la cárcel aragonesa.

Se acercó al primer grupo que vió.

—Perdona, una pregunta, ¿Tiene un coche que vender? Tengo mucho dinero, —dijo Rafa en voz baja.

—No, lo siento, ya lo vendimos ayer —le dijo un señor con un sombrero negro.

Rafael se acercó a otros, no podía perder tiempo, iba al grano, sin saludar a la gente casi, pero en aquel ambiente nadie repararía en ello.

—Les queda un coche, ¿se lo puedo comprar?

Respuesta negativa, otra vez.

Al cabo de la quinta pregunta Rafael encontró alguien comprensivo y un tanto sorprendido:

Yo no, pero el hombre allí con un traje azul oscuro, al lado del farol de gas, tiene dos motos y se va en tren, seguro, se le vende una, es mi primo.

Rafael apenas dejo al hombre acabar, se dirigió hacia el hombre con traje azul.

—Por favor, le puedo comprar una moto.

Aquí tengo bastante —enseñándole discretamente el sobre con el dinero— no le hará falta si usted se va en tren.
—Por Dios, no pensaba yo venderla ahora pero…
—La necesito, es cuestión de…
—Sí, sí, ya entiendo muy bien.
—Vale. Está en el garaje. Mi madre se queda aquí, pobrecita, sabe ella donde está la llave, vivo a la izquierda de la panadería, en la plaza mayor. Ve allí y dile que has hablado con «Cuki», así me llama mi madre. Hay que poner gasolina. Y ten cuidado con los frenos.
—Vale muy bien, muchas gracias, aquí hay 3500 pesetas, ¿cómo te llamas?
—Paco.
—Muchas gracias, Paco. ¡Qué Dios te guarde en vida, muchas gracias!
—Este dinero cae bien —le constestó Paco mirando el sobre y contando con los ojos la suma que caía del cielo.
Rafael lo abrazó.
Se dieron palmas los dos hombres en las espaldas, mirándose a los ojos, como para no olvidar el rostro que le permitía seguir su carrera para salvarse.

Por su parte Vera cojeando, entró en el banco. Allí también el ambiente era sulfuroso, mucha gente esperaba. Pero, viéndola cojear y andar con dificuldad un hombre a punto de ser atendido por el cajero le dijo:
—Permite Señora, pase, pase, la veo en dificultad.
—Muy amable señor, le agradesco mucho su cortesía.
Dirigiéndose al cajero, Vera al entregar su cédula y su número de cuenta le dijo ¿Cuánto puedo sacar? ¿Al máximo?
El cajero le respondió:
La situación no nos permite darle mucho, unas 5000 pesetas para cada persona que quiere sacar dinero, son los órdenes de esta mañana.
—Sí, vale, lo entiendo, pues 5000.
—Señora Vera Paredes Campillo, ¿eso es?
Veo en su cuenta que podría sacar más, pero los órdenes son…
—Sí, lo entiendo perfectamente.
Al cabo de cinco minutos le entregó los pequeños billetes verdes y rojos el banquero.
—Aquí tiene los 5000 —y añadió—: Animo.
Esa palabra no le decía nada bueno. Vera al salir para juntarse con Rafa delante de la iglesia donde tenían cita iba caminando, hablándose en voz baja. Le salían de la boca toda una serie de palabrotas que no cuajaban con el personaje, ni con el refinado que parecía tener. Pero las últimas semanas fueron las peores que vivió,

fuera de la muerte de sus padres.

Al llegar delante de la iglesia se sentó en un banco cinco minutos, observando el vaivén de la gente. Le dolía la pierna y sentía un cansancio enorme, pensaba en lo que era antes su vida, el año anterior, y como las cosas habían cambiado, empeorando cada vez más, cada día peor. La felicidad la tenía antes, y no la veía, no sabía aprovechar del momento, siempre quería más, más fama, más dinero, más bolsos, darse cuenta de eso le daba ahora rabia.

Necesitaba centrase un poco. Esa pausa en el banco le sintió bien después de la carrera de la mañana, no tenía que alejarse, porque la cita con su amante era allí, precisamente delante de la iglesia. Se sentía un poco angustiada, quería volver a verlo pronto.

Miraba hacia la iglesia de la Asunción. Para hacer diversión y no pensar en nada, miraba la torre de ladrillos del campanario. De repente oyó dos voces, una pareja estaba hablando en voz baja en el porche de atrás. Parecían muy cerca. Le llamó la atención a Vera porque la mujer llevaba una camisa que reconoció como una pieza de la colección del verano 35 de la famosa modista italiana Schiaparelli. Color rojo y naranja, con el cuello redondo y un escote bordado de flores. Se detuvo en su apariencia general y concluyó Vera que esa chica pertenecía a la burguesía. La manera de moverse, los zapatos, el peiñado muy cuidado. Notó que el hombre que la acompañaba era él vestido como un acicalar, un hombre moreno, con el pelo castaño y una barba cortita. Pero tenía la ropa menos cuidada. Su rostro parecía perfecto, era él realmente muy guapo y muy viril, el pelo un poco largo y la tez morena. No cabía duda de que trabajaba fuera. Seguramente cuidando caballos o ganado.

Parecían los dos muy emocionados, se cogían de la mano, llevaban las manos a los ojos, las besaban, miraba ella de vez en cuando hacia lo lejos para que él no viera que lloraba. Era evidente que fueron amantes, y de categoría social muy distinta por la diferencia en la ropa que tenían. Por eso se escondían detrás de la iglesia.

Vera, intentó escuchar lo que se decían:

—No tienes que sacrificarte por mi, Ramón. Tienes que vivir tu vida allí, empezar todo de nuevo en Marruecos. Olvídame, yo intentaré hacer lo mismo, no veo otra solución —decía ella.

—Vendré a buscarte, lo sabes, no soporto la idea de que puedas aceptar el matrimonio con este viejo verde! ¡No lo permitiré! Eres mía para siempre. No te puedes casar con un hombre que te da asco.

—¡Pero si vuelves te matan! ¡Si te quedas te matan igual, lo sabes! Te quiero vivo Ramón, aunque sea con otra, te quiero vivo, cariño.

—Me voy, porque no tengo más remedio, lo sabes. ¡Espérame! Al menos seis meses, te lo juro, Pepita, vendré a buscarte, te arrancaré a

esa vida que no quieres, nos iremos juntos. Sólo te pido seis meses. Escúchame.

—Toma eso —sacó de su bolso un reloj que parecía de oro—. Lo vas a necesitar para pagar el viaje, y esto —un sobre—, es un poco de dinero.

Ahora se quitaba un anillo, diciendo:

—Toma, coge esto también.

—Todo eso te lo devolveré, sabes, nunca me ha interesado tu dinero.

—Ya, sé, ya sé Ramón.

Se abrazaban ambos, se besaban y se decían cuánto se querían.

—¡Quédate mía, quédate mía ! El chico no paraba de repetirlo.

Vera, quería hacerse discreta y le molestaba asistir a tal momento íntimo, aunque los amantes ne se enteraban de su presencia. Pero no podía esperar en otro sitio, la cita con Rafa era precisamente en el banco en frente de la iglesia. Le conmovió entender la situación y le sabía mal por ellos. Pensó que al menos ella tenía la suerte de huir con Rafa, que además de exiliarse no tenía que soportar la pérdida de su amor, se dió la vuelta para no molestarlos, y entendió que se estaban juntando detrás de la iglesia por última vez.

Si existe un Dios, los ayudará y volverán a reunirse, pensó Vera, para convencerse.

Divisó a Rafael que llegaba con la moto. Se sintió aliviada al verlo pero a la vez asustada al pensar que tenía que subir en ese modo de transporte. El ascensor emocional seguía.

—¡No me digas cariño! ¿Cómo subo yo ahí?

—No te preocupes. Tú agárrate. Ten confianza. Joven solía conducir motos, tengo el carné para este tipo de vehículo, y si no lo tuviera sería lo mismo. Tenemos que marcharnos, ya. Tu sólo, si tienes miedo, cierra los ojos y déjate llevar por la moto. Es importante. Escúchame. Déjate llevar, sino tendremos un accidente. Miráme Vera. ¿Entiendes?

—Sí, sí —los ojos de Vera se llenaban de lágrimas otra vez—. Pero la falda me va a estorbar.

—Olvídate de la falta, cariño, mira, aquí tienes un pantalón —Rafa lo sacó de la mochila—. Póntelo, y nos vamos ahora, no podemos perder más tiempo.

Vera como un autómata se quitó la falda que le habían dado en la Cruz Roja y la dejó en el banco. Otra vez tenía que disfrazarse. Se pusó con cuidado el pantalón para no herirse más y subió en la moto con inquietud. Era bastante alta la moto y sus pies casi no llegaban al suelo. Le habían puesto cuatro puntos las enfermeras y desinfectado con cuidado, quitando también los pedazos de madera que quedaban en la herida. Tenía que cambiarse la banda de tela cada día, pero la

que llevaba puesta era de dos días pasados. La perspectiva de dañarse otra vez no le apetecía mucho.

Al ponerse en marcha, divisó al hombre que se despedía de su amante unos minutos antes, Ramón, estaba corriendo a través de un campo en dirección de un bosque de alamos, se había quitado la chaqueta, y sus botas levantaban el polvo bajo sus pasos. Como muchos, como ella, estaba huyendo. A él también lo consideraban como un criminal, ¿por qué? por sus ideas políticas, ¿por ser masón? El mundo estaba cambiando a una velocidad tremenda pensó Vera.

EL ESCAPE

Las tres horas de viaje hasta la région de Cartagena fueron muy difíciles. Por la angustia y el dolor que sentía Vera, con las vibraciones de la moto. Iban por las carreteras de la costa, menos mal no llovía, ni hacía un calor agobiante. El mar mediterraneo aparecía de vez en cuanto al horizonte, azul, mágnifico, casi insolente de belleza. Vera detrás, que no podía hacer nada sino agarrarse y pensar, se acordaba de sus veranos en los Alcázares con sus tíos y primos, cuando era pequeña.

Las tardes en el balneario, o más bien, delante, mirando las burguesas que salían de los baños curativos con faldas y camisas preciosas para pasearse con sombrillas en el anden de madera que entraba en el Mar Menor. Se dió cuenta por primera vez de que allí había nacido su intéres por los vestidos y por el mundo de la moda. Por la noche, con sus primas, dibujaban sobre papeles vestidos que cortaban para poner a las muñecas, se tiraban horas en la arena inventando conversaciones y amores. Hacía más de quince años que no había pisado aquellas tierras áridas, la muerte de sus padres la había aislado del resto de la familia.

Pensaba que era curioso el hecho que era justamente por esa ciudad querida que podría salir. Era buena señal.

La pista del Carmolí, frente al Mar Menor representaba su billete de salida para huir del infierno.

¿Cómo había podido su país tan alegre, tan moderno, tan culto vacilar y caer en aquella guerra fratricida en tan poco tiempo. Iba a aislarse al menos para unos años de España, de su tierra, de dónde yacían sus padres y sus recuerdos. Sentía una tristeza inmensa y a la vez una esperanza luminosa que el cuerpo caliente de Rafael le comunicaba. Sentimientos opuestos. La muerte que se oponía a la vida, en aquellas horas decisivas.

La vista del Cabezo Gordo, singular montaña de la región del Mar Menor, aislada de todo, le indicó que llegaban. De todas formas la gasolina de la moto se estaba agotando, el ruido particular que oían desde unos kilometros era una señal del agotamiento del tanque. Rafael rezaba entre dientes por primera vez: repetía : «tenemos que llegar, por favor, un poco más, es imposible pararnos aquí, por favor, un poco más».

Pasaron por San Javier, Roda, los Narejos, y llegaron a los Alcázares, algunos aviones pasaban en el cielo. Divisaron por fin una casa blanca, lujosa, en medio del campo azotado por los vientos cálidos. Era el lugar donde los pilotos se alojaban. Una casa grande

pegada a la pista de los aviones de caza «los Moscas» o «los Vickers». La élite de los pilotos republicanos estaba reunido allí.

Rafa, dejó a Vera, prometiéndole volver muy pronto. Tenía que ir al pueblo, cerca, a unos kilómetros, para ver a Tomás Cano Ruiz y saber quien era su contacto y su piloto para ir a Arlegia, para despedirse de él, y darle dinero por su ayuda. Como hombre de honra era para él imperativo pagarlo. Al dejar a Vera le vino la imagen de su amigo de Carabanchel, Rafael Castañeda, cuyo apodo era «El Chato». Era uno de los pilotos, profesor, elite de la escuadrilla García Lacalle, había fallecido unos meses antes, pero, allí, en el Carmolí, el periodista sentía su presencia amistosa y protectora. Su rosto y su sonrisa parecían flotar en el aire. Como cuando jugaban juntos al fútbol en Madrid, lo veía muy alegre.

—Quédate aquí cariño, sube y diles que viajas conmigo. Estaré aquí antes de las siete, te lo juro. Dijo Rafa mirando el reloj.

Vera subió con dificultad y al entar en el comedor donde varios pilotos estaban comiendo se sintió aliviada a pesar del ambiente pesado por la situación tensa. La atendieron en seguida, con sonrisas y cortesía. No cabía ninguna duda de que eran hombres educados, la flor y nata de los pilotos, los más valientes. Su angustia desaparecía, poco a poco. Se sentía en un lugar protegido, antesala de su nueva vida. Hasta le ofrecieron un plato de gazpacho, pan y un cuarto de melón de sapo, muy azucarado. Al cabo de media hora sentía Vera las calorias de la cena darle energía.

Divisó en un despacho que tenía la puerta entreabierta un teléfono. Pidió permiso para pasar una llamada. Respondieron los hombres por la positiva y la ayudaron a levantarse y a instalarse frente al teléfono. Cerraron la puerta, ya habían intuido que la llamada era para hacer una despedida.

Vera pidió a la azafata de la teléfonica el número de su taller en la calle de la Encomienda. A esa hora Carmen tenía que estar allí, trabajando.

—Empresa Vera Paredes, le atiende Carmen.

—Buenos días guapa —empezó Vera vacilando.

—¡Vera! ¿eres tú? Por fin, ¡estaba muy inquieta! ¿has podido salir de la cárcel? —contestó Carmen con una voz muy aguda debido a la alegría de oir a su jefa.

—Sí, sí, ya estoy a salvo, Carmen. Gracias por lo que hiciste, me contaron, lo del periódico, del artículo, has hecho todo lo que podías, y te lo agradezco un montón, pero, sabes, me escape, no me libraron, y eso cambia muchas cosas, así que por ahora no voy a poder volver a Madrid, ya que me consideran como una fugitiva.

—Pero, ¿te has reunido con Rafael, verdad? Es que me gustaría

verte, tenemos un montón de cosas que contarnos, y sabes, tenemos muchísimo trabajo, yo no puedo gestionarlo todo, necesito tu firma.

—Escúchame, Carmen.

—El contrato de Nueva York, sabes pues…

—Escúchame Carmen —más alto—, te digo que no puedo, escúchame bien es muy importante.

—Sí —con un tono infántil.

—Tienes que gestionarlo todo ahora, por mi, sé que puedes hacerlo, yo me tengo que exiliar.

—Pero yo, ¿SOLA? ¿Y a dónde vas?

—Sí, Carmen tú sola, y más vale que no te cuente más, por tu seguridad, entiendes. No tienes que decir a nadie que te he llamado. Ya había hecho todos los trámites hace seis meses en el banco, para que lo puedas gestionar tú. Si alguien te pregunta por mi, no sabes nada. Lo vas a hacer todo tú sola ahora. Te contactaré cuando pueda, pero me figuro que mi ausencia será bastante larga. Toma las riendas, Carmen. ¡Sé que lo puedes hacer! Busca a alguien para ayudarte, si es necesario. Tenemos bastante en la cuenta corriente para pagarla.

No te puedo hablar más, guapa. No olvides, tienes toda mi confianza.

—No sé que decirte, sí que lo haré, intentaré, dame noticias pronto.

—Un abrazo Cielo. Era la primera vez que Vera le demostraba tanto cariño.

—Un abrazo fuerte Vera, adios, ¡cuídate!

Salió la modista del despacho, le faltaba aire.



Avión mosca

A las siete menos cinco oyó Vera el ruido de la moto. Salió de la casa para esperar a Rafa en lo alto de las escaleras blancas.

A lo lejos el sol se ponía y las aguas del Mar Menor parecían de color rosa. Se divisaba la isla de la Perdiguera en el medio del Mar Menor y las colinas de la minas de la Unión a lo lejos. El viento cálido que soplaba desató la bufanda roja, amarilla y parda que llevaba Vera al cuello y volando corrió por el suelo de la pista de cemento donde los últimos aviones estaban aparcados.

Vera la vió, pero no podía ir a recuperarla, y pensó que era cómo una metáfora de la bandera republicana que se alejaba. Lo vió como un símbolo y la confortó en el hecho de que era el momento de exiliarse.

Rafa al volver subió las escaleras y la abrazó poniendo la mano en su pelo espeso y le susuró a la oreja.

—Nos vamos cielo, nos vamos, es otra vida que empieza pero nuestra lucha seguirá, te lo prometo.

Se instaló Vera en el avión, junto al cura republicano del Algar, aldea muy cerca, un hombre seco y bastante viejo, con una cara enjuta, tenía en el bolso una piedra, decía que traía suerte, subiendo le dijo a Vera:

—Vaís a viajar con la Virgen del Pasico hija, no tengas miedo, estamos bendidos.

El hombre tenía la piedra envuelta en un trapo blanco, parecía pesar, y tenía unos ojos saltones de iluminado, como si fuera él un arcangel. Casi daba miedo, pero Vera pensó que era consecuente a la situación tensa. Sólo llevaba la piedra nada más, lo que le llamó la atención. Sus piernas eran llenas de heridas, y sucias, imaginó al hombre andar por el campo para llegar hasta allí. Cada uno tenía su parte de dolor, los días anteriores llevaban para los que lograban escapar su carga de tristeza, o de drama, así que Vera le perdonó su aspecto y su actitud un tanto curiosa.

Dos hombres con garbardinas negras y sombreros vinieron justo antes del desplegue del avión. Tuvieron que bajar las cabezas porque las hélices ya se habían puesto en marcha. Vera se asustó, pensando que venían para llevarla presa. Llevaban seis maletas pequeñas de piel. Dijeron que había que cuidarlas y después entregarlas a una pareja en París, los esposos Bauer, universitarios en sociología. Dieron un sobre a Vera con un nombre y una dirección en Montmartre. Las maletas contenían dibujos de niños sobre la guerra, de Barcelona, le pareció curioso a Vera, en tal momento, porque no representaba ningún objeto de valor, pero le dijeron que estos dibujos representaban la prueba del trauma de toda una generación, y que la ciencia los necesitaba para entender luego lo que iba a pasar con la

nueva generación. Vera cojió el sobre y prometió cuidar el contenido de las maletitas. Antes de cerrar la puerta de metal del avión uno de los hombres dijo a Vera como si fuera una sentencia: «¡Guapa, te considero como la que va a transmitir la memoria!»

Rafa se puso al lado del piloto. Jorge Galindo, un hombre bajito pero muy guapo, con una sonrisa de actor americano. Llevaba la típica gorra de cuero y las gafas redondas de los aviadores. A pesar de la situación tensa los pilotos realizaban las tareas y los vuelos con cierta tranquilidad. Seguramente para no aumentar la angustia de los que llevaban en el avión. El viaje se inició justo a la puesta del sol, para más discreción, pero era mejor llegar a Oran antes de la noche. Quedaba el peligro de un ataque por los aires, de los aviones franquistas basados en Mallorca, muy cerca del Carmolí, sería el último peligro pensaba Vera. Tenían que volar un poco más de una hora para llegar a las tierras de Argelia. No le daba miedo volar, estaba acostumbrada, pero el avion era mucho más pequeño que los aviones comerciales que solía tomar.

Las hélices empezaron a ponerse en marcha, el ruido dentro del avión aumentaba, era casi imposible tener una conversación ahora. De todas formas cada uno iba a adentrarse en el momento.

El aparato empezó a ponerse en marcha, el viento se había levantado y soplaba más que por la tarde, en la pista de tierra seca del Carmolí, a la izquierda se divisaban los últimos hidraviones frente a la playa de la Concha de los Alcázares. Hombres con maletas subían en ellos, familiares de los pilotos o hombres con gabardinas y sombreros, quizás los últimos que podían exiliarse por los aires. Aquella parte de España estaba cayendo en manos de los fascistas, como Barcelona había vivido lo mismo. La hemorragía de España empezaba. Se vaciaba el país de una parte de los intelectuales, los que quedaban iban a caer pronto bajo los golpes o las balas o deprimir en las cárceles franquistas, después de juzgados expeditivos realizados por los tribunales especiales.

España se encontraba como presa en una telaraña, el cambio iba a ser radical. El franquismo, iba a instalarse durante décadas, la opresión y la dictadura.

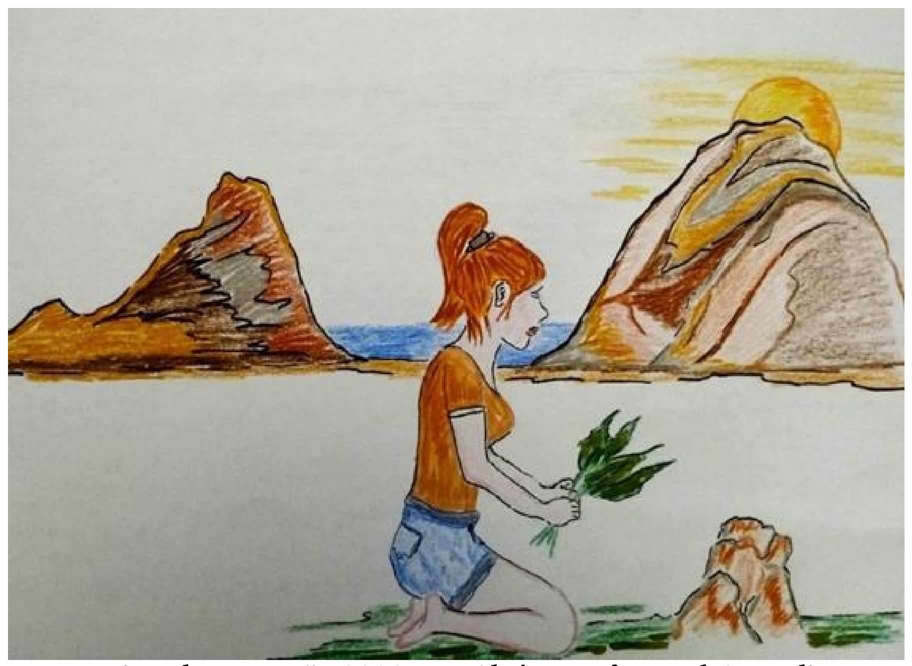
La cabeza apoyada en el cristal del avión, Vera agotada miraba la costa y los acantilados caer en el mar, dibujando como encaje: Algameca, el mirador de Roldán, el Portús, Cueva de la Virgen. El Mar Menor, lugar tan particular, con sus aguas saladas y la fauna maravillosa parecía un charco visto desde arriba.

Oía Vera la voz cálida de Rafael que hablaba con el piloto Jorge, y medía la suerte que tenía. El cura rezaba en voz baja, las rodillas temblaban bajo la sotana, había sacado de la bolsa la piedra

translucida y anaranjada, y notó la modista que unos puntos negros dibujaban como una virgen.

Su vida cambiaba aquel miércoles de noviembre, desde Orán tenían que embarcar a Marsella, y luego exiliarse hacia América del Sur.

Su amor por España, se lo llevaría allí, como iba a hacerlo Rafael. Mirando por el cristal entre las lágrimas, vió por última vez las playas. Sintió en aquel momento que lo que iba a vivir con Rafael sería algo más fuerte que lo que imaginaba al principio de su relación con él, y no sé equivocaba.   La guerra, la huída, el exilio, el dolor de la pérdida de su tierra iban a reforzar los lazos entre los dos. Ese amor, iba a perdurar intenso hasta el final, y aún, más allá, a traves de sus herederos.



Nieta de Vera, año 2023, Los Alcázares, frente al Carmoli

AVISO LEGAL

LAS AGUJAS Y LA PLUMA
© del texto: Caroline Tournadre Sánchez
Primera edición: diciembre 2023
Diseño de portada: Javi Ramos
Maquetación: Marca Inteligente